

DESDE 10 AÑOS

En las garras de los Mataperros

PePe Pelayo / Betán

Ilustraciones de Alex Pelayo

El bromista de Ricky y su primo Dante, los mismos que se enfrentaron al misterioso chupacabras de Pirque, se ven envueltos en una nueva aventura. Esta vez el escenario es Cuba, lugar en el que se encuentran para participar en la Exposición Internacional Canina. Ahí descubrirán un misterio que los hará vivir peligro, suspenso y emoción extrema.

www.pepepelayo.com

ISBN 956-239-390-9

ALFAGUARA

DESDE I U AÑOS

INFANTIL

ALFAGUARA INFANTIL



En las garras de los Mataperros

PePe Pelayo / Betán

Ilustraciones de Alex Pelayo

© 2005, del texto: PePe Pelayo / Betán © De las ilustraciones: Alex Pelayo

© De esta edición:
2005, Aguilar Chiler. He Ediciones S.A.
Dr. Aníbal Ariztía 1444, Providente»
Santiago de Chile

- Grupo Santillana de Ediciones S.A.
Torrelaguna 60, 28043 Madrid, España
- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A. de C.V.
Avda. Universidad, 767. Colonia del Valle,
México D.F. 03100
- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A.
Av. Leandro N. Alem 720, C1001 AAP, Buenos Aires, Argentina
- Santillana, S.A.
Avda. San Felipe 731, Jesús María, Lima, Perú
- Ediciones Santillana S.A.
Constitución 1889, 11800 Montevideo, Uruguay* ^
- Santillana S.A.
Avda. Venezuela N° 276, e/Mcal López > España,
Asunción, Paraguay
- Santillana de Ediciones S.A.
Avda. Arce 2333, entre Rosendo Gutiérrez y Belisario Salinas, La Paz,
Bolivia

ISBN: 956-239-390-9 Inscripción: 151.054 Impreso en Chile/Printed in Chile
Primera edición: diciembre de 2005

Diseño de la colección:
Manuel Estrada

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

En las garras de

los Mataperros

PePe Pelayo / Betán
Ilustraciones de Alex Pelayo

Ricky y Dante

Un sudor frío recorrió toda la espina dorsal del muchacho y un fuerte temblor lo sacudió de pies a cabeza cuando el imponente animal le salió al paso cortándole la retirada, al tiempo que gruñía sordamente y le mostraba los pavorosos colmillos en una actitud amenazadora.

El aterrado niño observó los ojillos penetrantes del negro mastín y la espuma que brotaba de sus belfos. Esto le hizo llegar a la conclusión de que todo intento de huida estaba descartado, pues el animal lo acechaba plantado ante la única puerta de escape y al menor movimiento se le echaría encima. Por eso optó por mantenerse muy quieto, mientras trataba de encontrar una salida para la difícil situación en que se hallaba.

Pero no contó con lo que pasaba por el obtuso cerebro de la f.ªra, que sin razón aparente subió el tono de sus gruñidos, alzó los espumeantes belfos para que sus colmillos quedaran totalmente expuestos y comenzó a avanzar hacia él.

Un grito de terror resonó y se multiplicó por el eco, un segundo antes de que el mastín atacara... pero en ese preciso y crucial momento se escuchó que alguien llamaba a la

puerta.

—¡Me asustaste, Dante! —exclamó el niño cuando abrió la puerta de la habitación del hotel que compartían.

—¿Por qué?

—¡Es que estaba viendo una película de un mastín asesino parecido a Shogún!

—¡Será parecido, pero no tiene nada que ver con mi perro, que es un animal muy noble y fiel! —protestó el joven.

—Sí, ya sé que Shogún es un perro más educado y manso que tú, que es mucho decir —se burló Ricky—. ¿Dónde estabas?

—Llenando unos papeles para la competencia.

—¿Qué papeles?

—Los del pedigrí.

—¡Yo no sabía que tuviera un primo con pedigrí!

—No... —titubeó Dante con cara de perplejidad—. Yo no soy el del pedigrí.

—¿Y si no tienes pedigrí, para qué llenaste los papeles?

—No, Ricky, esos papeles se llenan por cada perro.

—¡Ah, así que ahora te crees un perro!

—¡Yo no me creo ningún perro, Ricky!

—¿Entonces por qué tienes pedigrí?

—¡Mira, si vas a empezar...! —se molestó Dante, que era el blanco preferido de las burlas de su primo, y se dispuso a marcharse.

—¡Oye, espérate, que es sólo una broma! —lo
atajó Ricky—. ¡Parece mentira!

—¡Es que contigo no se puede hablar en
serio!

—Bueno, mira qué serio me puse —le dijo el muchacho y puso cara de maniquí.

Dante no tuvo más remedio que sonreír al ver a su primo tan tieso e inexpresivo.

—Está bien, déjate de payasadas. ¿Me acompañas? ¡Hay que entrenar un poco a Shogún!

Enseguida, Ricky estuvo listo. Sólo tenía que ponerse sus zapatillas y agarrar su eterna pelota de baloncesto bajo el brazo. Era un fanático de ese deporte y de Jason Kidd, su ídolo, el estelar base armador de la NBA, de ahí que lo tuviera presente al usar siempre la camiseta blanca de ribetes azules con el número 5 y su cabeza rapada, claro.

Salieron del hotel y los treinta grados de temperatura ambiental del Caribe les abofeteó sus rostros. Sin embargo, llegaron a la esquina y una brisa venida del mar los invitó a refrescarse en la playa. ¡Y qué playa! Es que Varadero, el famoso balneario de Cuba, a sólo ciento cuarenta kilómetros al este de La Habana, con sus aguas turquesas y sus arenas finas, era un paraíso.

—Nos da tiempo a un chapuzón, ¿no es cierto? —dijo Ricky.

—¡No, no! ¡Faltan tres días nada más! Yo te conozco, primo, si fuera por ti no saldríamos del agua —saltó enseguida Dante—. ¡Si viajamos desde tan lejos para esta competencia, hay que entrenar y hacerlo bien para tratar de vencer! Ya habrá tiempo para nadar.

—¡Shuuuuta! ¡Ñooooó! —soltó Ricky.

Dante no pudo reprimir una sonrisa. Su primo había mezclado dos exclamaciones muy diferentes: una chilena y otra cubana. Es que Ricardo Fuenzalida Sotolongo, o Ricky, como le llamaban, era hijo de chileno, pero de madre cubana. Por ello vivía en Santiago de Chile, pero se pasaba muchas vacaciones en la Isla.

Llegaron camina.. Jo al parque Josone, donde se encontraban todos los perros inscriptos en la competencia. Buscaron a Shogún, que habu quedado al cuidado del personal especializado del evento, y comenzaron a pasearlo, mientras Dante le daba instrucciones al perro para que se desplazara con garbo y elegancia.

—*¡Helio!* —les saludó un australiano acercándose a ellos—. ¡Qué preciosa!

—¡Precioso! —contestó T>^_{IL}E—. ¡Es macho, varón, masculino!

—Sí, ser muy li ida —con tinuó el hombre—. ¿Yo poder tocar el can suyo?

—*You can't*—dijo Ricky, aguantando la risa.

Pero nadie entendió el juego de palabras bilingüe. El australiano, de cara rojiza y marcas de granitos en las mejillas, se agachó y empezó a inspeccionar al animal, que le lanzó de reojo una mirada de fastidio; sin embargo, se dejó tocar sin una protesta evidente como demostración de que había asimilado bien el entrenamiento para su participación en la exposición de belleza canina.

—Ser noble y preciosa. ¡Yo querer comprar
for *me* |
—¡No! Lo siento, pero no está en venta —dijo
Ricky.
—No importar *me*. Yo compro.
—¡Le digo que no, señor! No lo vendemos.
—¡Alé' tener *money* | *Good* precio!



—Jesús, María y José! ¡Le están diciendo que no! ¡EL! —intervino Dante, y Shogún gruñó al escuchar el tono de su amo.

—¡Piensen! ¡Ustedes pensar oferta! —dijo el australiano marchando—. ¡Yo querer esta animal for me!

—For-me-dable va a se el pelotazo que te voy a dar si sigues insistiendo —bromeó Ricky en voz baja y su primo rió.

—No te preocupes —le dijo Dante—, debe ser un competidor con un animal de inferior calidad. Yo me he fijado que muchos participantes se quedan contemplando a Shogún y se le cae la baba.

—No sé si todos, pero hay uno que tiene un San Bernardo que se parece día babeándose igual que su perro —los ojos de Ricky brillaban de burla—. Incluso hasta se parecen.

—No inventes... Voy a trotar un poco con Shogún. Espérame aquí —le propuso Dante.

El niño se recostó en una larga y colorida silla playera debajo de una palmera en la zona de la cafetería y, mientras giraba su pelota de baloncesto con las dos manos, se dispuso a observar a su primo y a su mastín con el fin de encontrarles algún parecido, para bromear después. Pero, al observar la pasión con que Dante le enseñaba a su perro, se emocionó por el cariño que le tenía y pensó en lo mucho que les había unido la aventura que compartieran juntos, durante las anteriores vacaciones en Pirque, una comuna en las afueras de Santiago de Chile, y donde se produjeron aquellos misteriosos asesinatos de animales. Es que la afición de Ricky por las historias policiales, pasión que comparte con el baloncesto, hicieron que se interesara por la investigación y convenciera a Dante para averiguar quién y por qué sucedían aquellos crímenes.

Entonces, los dos primos se lanzaron a la acción. Luego de una serie de pesquisas y situaciones peligrosas, lograron descubrir al criminal, historia que los diarios chilenos llamaron «El chupacabras de Pirque». Ahí se vio la capacidad de Ricky como investigador, así como la fortaleza física de Dante y su dominio de las artes marciales.

De esa aventura, los primos no sólo obtuvieron la fama que se encargaron de darle los distintos medios de difusión en todo el país, sino que Dante recibió como premio adicional el cuidado y custodia de un hermoso ejemplar de mastín napolitano llamado Shogún, que se había quedado sin dueño como consecuencia de toda aquella peripecia policial.

La decisión de poner a Shogún en manos de Dante no era sólo por el amor del joven hacia los animales, sino además porque durante el entrenamiento para guardia de seguridad había aprendido también cómo manejar perros, especialmente los de protección y defensa, como es el mastín napolitano.

La satisfacción del nuevo dueño del perro fue mayor cuando se hallaron los documentos con su pedigree, en los que se daba cuenta que era descendiente de toda una familia de prestigiosos campeones europeos.

Aconsejado por sus abuelos, Dante y Ricky visitaron la sede de la Federación Cinológica de Chile y allí mostraron los documentos del animal.

Como resultó estar inscripto en esa organización, enseguida los invitaron a participar en Exposición Internacional celebrarse en Varadero, C^aba.

¡Allí estaban ahora, en el balneario cubano, felices y a punto de competir!

Ricky se dio cuenta lo serio que se habían puesto sus pensamientos al recordar todas aquellas aventuras vividas y enseguida le vino otra broma a la mente, por lo que se paró, dejando la pelota en la silla.

—¡Dante! —gritó, acercándose a su primo que acariciaba la cabeza a su mastín—. ¿Quieres tomar algo?

—¡Oye, sí! —respondió el joven—. Me tomaría un vaso de jugo bien helado.

—¡Yo te lo traigo! ¡Espérame aquí!

El niño fue hasta la barra de la cafetería y regresó con un vaso de jugo sobre un plato.

—Gracias, primo.

Dante lo tomó con su mano izquierda y con la otra bebió del vaso.

—¡Puf! ¿Qué es esto? —protestó con cara de asco—. ¡Creí que era jugo! Es otra broma tuya, ¿no?

—¡No es broma, es jugo!... Pero de caña.

El guarapo, o jugo de caña, es muy empalagoso porque de él se extrae un azúcar más fuerte en sabor. Ricky lo sabía, por eso no pudo aguantar la risa.

—Tienes una cosita pegada en la frente —añadió el



niño conteniéndose algo, mientras le

arrebatava el plato.

Dante con su mano izquierda libre, se la pasó por la frente.

—Se corrió para la mejilla —añadió Ricky.

El joven obedeció y se pasó la mano por esa parte de su cara.

—Ahora la tienes en la punta de la nariz.

Dante hizo un nuevo intento para quitarse aquello.

—Debajo del labio.

—¡Ya basta, Ricky! ¡Que se quede ahí!

—Bueno.

Dante devolvió el vaso a su primo y siguió trotando; mientras, el niño regresó a la cafetería, dejó las cosas y fue a lavarse las manos al baño.

Al poco rato, Dante llegó muy preocupado donde su primo, que disfrutaba de la sombra de una palmera.

—¡Ricky! ¡Hay algo raro en el ambiente!

—¿Qué sucede?

—¡Todos los que pasan por mi lado se quedan mirándome! —le contó.

—¡Tú me dijiste que eso hacían con S^ogún!

—Sí, pero...

—Ah, debe ser que ya te estás pareciendo mucho a tu perro —le interrumpió Ricky.

—¡No fastidies! ¡El problema es otro! ¡Me miran y se ríen!

—¡Guao! ¡Eso sí es extraño!

—¡Mírame! ¿No ves nada raro?

—Puede ser, pero mírate tú mismo en el espejo de la cafetería.

—Bueno. Cuídame entonces a Shogún.

—Pero, Dante, suéltalo. Aquí no hay peligro para que corretee un poco por ahí.

—Está bien.

El joven quitó L* orrea a su perro y se dirigió a la cafetería. Ricky lo siguió con la vista y no pudo aguantar una explosión de rÍ3? aando su primo se vio la cara manchada de negro.

El niño le había pedido al barman que le humeara el plato por debajo, así cuando Dante lo asió, su mano se tiznó y él mismo, ai quitarse «la cosita» por toda la cara, se había convertido en un ridículo guerrero apache, motivo por el cus! xa gente lo miraba y reía.

De lejos, Dant amenazó a su primo con el puño y fue a asearse al baño.

Cuando regresó, lo hizo sin hacer ruido y agarró por el cuello al niño, revolcándose ambos por el césped en una juguetona lucha.

Sofocados y riendo, vieron a Shogún perseguir a una enorme iguana, típica atracción turística en aquel parque, y en su juego desaparecieron detrás de un conjunto de uvas caletas y palmeras.

—¿No sería bueno llamarlo para que no fuera tan lejos? —comentó Dante.

—Déjalo, está jugando y divirtiéndose.

Un rato después, como el perro no regresaba, el joven no podía disimular su preocupación. Y hasta Ricky comenzó a inquietarse.

—¡Voy a ir a ver!

—¡Te acompaño! —respondió el niño, recogiendo su pelota y apurando el paso para alcanzar el



tranco de su primo.

Pasaron el conjunto de árboles encontraron con una de piedras de poca altura que limitaba

y se
cerca

una de las avenidas. Shogún no se veía por allí. El único animal era una iguana que tomaba el sol sobre una roca, aparentemente ajena a lo que sucedía.

Caminaron unos veinte metros más allá, acercándose a una pareja de holandeses, ambos de avanzada edad y muy distinguidos, que perfumaban a su mascota, una poodle toy ridiculamente pelada y peinada con un moñito. Le preguntaron si habían visto al mastín, mas no obtuvieron información por no entender el idioma, pero sobre todo por la actitud prepotente y de superioridad del matrimonio holandés, que actuaba como si todos los criadores estuvieran por debajo de la alcornica de su perrita, llamada Sophie.

Corrieron entonces hasta la calle, desesperados, y lo que vieron los dejó boquiabiertos. A unos cincuenta metros, Shogún, como muerto, era cargado por un hombre que lo introducía en un baúl y se lo llevaba en una camioneta cerrada.

—Jesús, María y José! —exclamó Dante.

Los primos reaccionaron a la vez, gritando y corriendo tras el vehículo. Pero éste partió a toda velocidad, por lo que la carrera de los muchachos fue en vano.

Casi sin aire y sin saber qué hacer, Dante y

Ricky se detuvieron en medio de la calle.

Alguien que pasaba por la acera vendiendo maní los llamó.

—Van a tener que ir a la policía —dijo el hombre al llegar Dante y Ricky junto a él.

—¿Usted vio cuando se llevaban a nuestro perro? —quiso saber Ricky.

—¡Ah, era un perro! —exclamó el vendedor—. Yo sólo vi cuando metían un bulto en un baúl con tapa, el que pusieron después en el compartimiento trasero de una camioneta. Enseguida los oí a ustedes gritando detrás. Pensé que les habían robado otra cosa.

—¡Era mi mastín! —dijo Dante con un nudo en la garganta.

—La camioneta tenía patente de La Habana —continuó el hombre—. El llevarse perros de aquí ha pasado otras veces, parece una banda, incluso la gente ya los bautizó como Los Mataperros.

—¡¿Se dedican a matar perros?! —exclamó Dante.

—No sé, dicen que los roban para echarlos a pelear. ¡Eso da mucho dinero, según he oído decir! Aunque si es para eso, está bien puesto el nombre de esa banda, ya que al final de tanto echarlos a pelear se mueren los pobres animales —les contó el hombre.

—¿Pero la policía no hace nada? —preguntó Ricky.

—La policía dice que está para otras cosas más importantes —el vendedor puso cara de pesimismo y extendió su mano izquierda con algo que colgaba entre sus dedos.

—Miren —añadió—, esto se le cayó a

uno de los tipos que se llevaron a su perro. Debe ser del baúl que pusieron en la parte de atrás de la camioneta.

Ricky tomó lo encontrado y vio que era un llavero con varias llaves de distintos tamaños y con un adornito formado por la unión de dos maracas de vivos colores.

—Gracias. Quizás esto nos sirva en algún momento — comentó con cierto desgano.

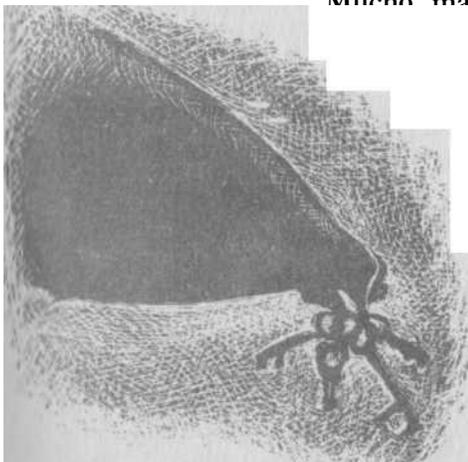
El niño guardó el llavero en su bolsillo, miró a su primo y éste entendió el significado de aquella mirada.

—¿Qué hacemos? —le dijo Dante.

—Vamos a hacer la denuncia a la policía, aunque parece que aquí, como en Chile, nadie va a hacer el trabajo por nosotros. Habrá que ir para La Habana y allí empezar con la investigación —le contestó Ricky—. Pero no te preocupes. ¡Vamos a encontrar a Shogún, sí o sí!

—¡Pues vamos!

Mucho más que ese optimismo y que los deseos les iba a hacer falta, se no tenían la menor idea del peligroso y sórdido mundo al que se iban a introducir: el de Los Mataperros.





Raciel

-----i ¿Qué hacen ustedes aquí?! —se sorprendió el tío de Ricky, cuando al abrir la puerta se encontró a su sobrino acompañado por el primo—. ¿La competencia no era hasta el domingo?

—Para nosotros ya no habrá competencia —respondió Dante desenchajado.

—¿Quién-dijo que no? —le encaró Ricky—. ¿Te vas a dar por vencido sin haber empezado a investigar?

—¿Se van a quedar ahí discutiendo? —dijo el tío sin salir de su asombro—. Entren y cuéntenme lo que pasa, porque la verdad es que no entiendo nada.

Ignacio Sotolongo, hermano de la mamá de Ricky y residente en el barrio de La Habana Vieja, sabía de ía llegada a Cuba de su sobrino y el primo de éste por parte de padre, pero no los esperaba hasta el lunes siguiente, ya que habían arribado directamente por el aeropuerto de Varadero.

—¡Eh, pero ya están aquí! —se escuchó una agradable voz femenina.

Todos miraron hacia el interior de la casa y vieron llegar corriendo hasta ellos a una linda joven, la que de inmediato abrazó y besó a Ricky muy efusivamente.



Luego de la afectuosa bienvenida, Ricky se volvió hacia su atribulado primo, quien, a pesar del mal momento que estaba pasando, quedó impresionado por la belleza de la muchacha.

—Dante, te presento a mi prima Longina.

—Longina Sotolongo —se acercó la joven mostrando su blanca y partía dentadura en una amplia sonrisa y besó a Dante en la mejilla.

El buenazo del primo de Ricky sintió que su corazón se aceleraba al contacto con la muchacha. «Debe ser amor a primera 'vista», pensó. Es que nunca antes había sentido algo parecido: taquicardia, cosquilleo en el estómago y temblor. en las piernas. Su rostro se tiñó de un subido rojo, por eso respondió bastante turbado:

—Mu... mucho gusto... Dante Fuenzalida, para servirle a usted.

—¡Uy, qué encartonado te salió eso! —se burló Ricky—, ¡Qué cuico!

—¿Cuico? —preguntó la joven al no conocer esa palabra.

Mientras Ricky explicaba ese término chileno, Dante se mantenía como alelado mirando a la linda joven de piel canela, ojos azules, de esbelta y grácil figura, sonrisa encantadora y ademanes desenvueltos.

—Bueno, siéntense y cuéntenme por qué están aquí antes de tiempo —Ignacio Sotolongo lo sacó del ensimismamiento, pues estaba ansioso por saber qué

había pasado.

—¡Nos robaron el perro, tío! —fue Ricky quien respondió sin preámbulos.

—¿Les robaron el perro que trajeron a la competencia? —saltó el papá de Longina más sorprendido todavía.

—Así es, señor Ignacio —asintió Dante con tristeza en la voz y mirando de reojo a la joven mulata.

—¿De dónde se lo robaron? ¿Saben quién lo hizo? ¿Lo denunciaron a la policía? ¿Por qué vinieron para La Habana? —el tío de Ricky los acribilló a preguntas.

—Lo soltamos un momento para que corriera dentro del parque Josone y se nos perdió mientras jugaba con una iguana —explicó el niño—. Cuando fuimos a buscarlo ya no estaba. Corrimos y vimos—cómo lo montaban desmadejado en una camioneta cerrada. Un vendedor de maní nos dijo que la camioneta tenía matrícula de La Habana.

—Hicimos la denuncia en la estación de policía de Varadero —agregó Dante con desaliento—, pero al cabo de tres horas nos dijeron que no encontraron a ningún vehículo de la capital que llevara a un perro con las características descritas por nosotros. Al parecer, esa camioneta había regresado enseguida a La Habana.

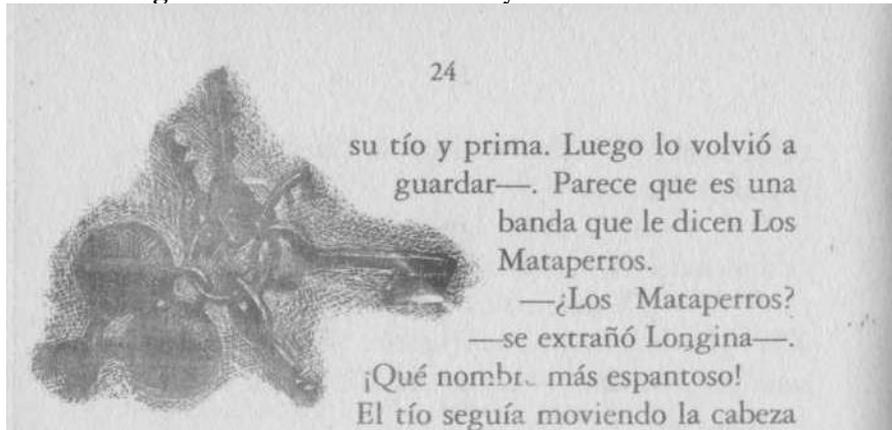
—Y nos dijeron que ellos tenían que atender cosas más importantes que ocuparse de un perro perdido, por lo que nos recomendaban que lo

buscáramos nosotros —concluyó Ricky.

—No tienen ninguna pista, ¿verdad? —
interrogó Ignacio.

—No —respondió Dante.

—Ninguna —suspiró Ricky—, sólo este
llavero que parece se le cayó a uno de los que se llevó a
Shogún —lo sacó de la mochila y se lo mostró a



en gesto negativo, hasta que dijo con escepticismo:

—Un llavero con unas maracas no es ninguna
pista, chicos. ¿Cómo saber a qué cerradura pertenecen
esas llaves?

—No sé, pero es lo único que tenemos de Los

Mataperros —el niño volvió a suspirar.

—¿No sería que la camioneta lo atropelló? —interrogó Longina.

—No lo creo, prima —Ricky expresó su parecer—, porque nosotros no escuchamos ningún frenazo. Además, si así hubiera sido, ¿por qué se lo llevaron?

28

—¿Qué piensas tú que pasó? —quiso saber la muchacha.

—Que lo anestesiaron con una inyección o un dardo para robárselo.

—Sí, es lo más probable —admitió el tío—. Un perro así debe valer mucho, ¿verdad?

—¡Demasiado! —exclamó Dante con orgullo—. Shogún es un perro muy valioso.

—¿De qué raza es? —preguntó un joven que, procedente del interior de la casa, se unió al grupo en la sala.

—Él es Raciél —Longina lo presentó—, un amigo. Estábamos oyendo música cuando ustedes llegaron. ¡Me trajo un disco espectacular de la orquesta de salsa cubana que más se escucha en estos momentos! ¡Van a tener que oírlo después!

—Hola, Raciél —dijo Ricky y le tendió su diestra.

Dante también le estrechó la mano, pero sin mucho entusiasmo y mirándolo con recelo.

—Ellos son mi primo Ricky y el primo de mi primo, que se llama Dante —la linda muchacha hizo las presentaciones a la inversa—. Vinieron desde Chile a una competencia canina en Varadero, pero les robaron el perro que trajeron.

—Sí, un mastín napolitano —respondió Ricky a la pregunta que hiciera Raciél al irrumpir en la sala.

—Mi amigo también conoce bastante de perros —apuntó Longina.

—Tengo entendido que esos perros son muy fuertes y que en Cuba no hay muchos —comentó el joven como para corroborar lo que acababa de decir la muchacha.

—Sí, eso también tenemos entendido nosotros —dijo Ricky—, lo que facilita un poco su búsqueda, ¿no?

—Lo más probable es que se lo hayan robado para echarlo a pelear —soltó Raciél sin el más mínimo tacto—. Hay una banda que se dedica a eso.

—¡Los Mataperros! ¡Eso mismo nos dijo el vendedor que vio cuando se lo llevaban! —Dante se puso las manos en la cabeza—. ¡No puedo pensar que vayan a hacer eso con mi Shogún!

—Desgraciadamente es una posibilidad
— opinó Ignacio Sotolongo—, porque últimamente se ha extendido bastante aquí esa práctica criminal.

—¡Entonces hay que empezar por buscar en los sitios donde pelean perros! —exclamó Ricky.

—Sí, pero eso es muy peligroso si no estás invitado —advirtió Raciél—. tengan en cuenta que las peleas de perros es una práctica ilegal y que se apuestan grandes sumas de dinero.

—¡Los que están en peligro son quienes se hayan atrevido a utilizar a Shogún para eso! Si les pongo las manos encima no van a tener deseos de echar a pelear a ningún perro más en su vida —bramó Dante con los dientes apretados.

—¿Tú puedes dárselos, Raciél?
—casi le imploró Longina a su amigo.

El joven sonrió, porque vio una oportunidad para congraciarse ante los ojos de la hermosa muchacha, de la cual también estaba enamorado.

Mientras, Dante se quedó muy serio sin saber todavía que la extraña sensación que le oprimía el pecho era ocasionada por los celos que estaba experimentando en ese instante.

—Bueno, yo sé de algunos lugares donde se efectúan peleas de perros y les puedo indicar cómo llegar a ellos, pero no se los recomiendo porque les pueden pasar muy mal.



—¡Eso no nos asusta! —dijo Dante con determinación.

—Aun así —intervino el tío de Ricky, preocupado—, yo no puedo dejar que ustedes corran ese riesgo. ¿Cómo le explico a mi hermana si a ustedes les pasa algo aquí? A propósito, ¿ya almorzaron?

—Sí, tío, ya comimos algo por el camino. Y de lo otro no se preocupe, que no haremos nada que pueda ser peligroso para nosotros —prometió el niño—. Localizaremos a las personas que tienen mastines napolitanos en La Habana, para ver si alguna de ellas sabe de Shogún. A lo mejor, Raciél nos puede ayudar en eso —agregó mirando al amigo de su prima.

—Sí, yo puedo ayudarlos —asintió el joven.

Ignacio Sotolongo quedó más tranquilo y a todos les invadió la esperanza de que alguna de las personas que tratarían de ubicar tuviera noticias del perro, ya fuera porque alguien intentaría vendérselo o porque les informarían que había un nuevo ejemplar de mastín napolitano en la capital, noticias que generalmente se propagaban con rapidez entre los perreros.

Sin embargo, la pesquisa entre los propietarios de los animales de esa raza no tuvo ningún resultado positivo, y a las seis de la tarde los primos estaban como al principio: sin haber hallado una pista que los condujera a la recuperación de Shogún.

Ricky no tuvo más que observar la cara de desaliento y la tristeza que reflejaban los ojos de Dante, para decidirse a preguntarle al amigo de su prima:

—Oye, Raciél, ¿dónde dices tú que echan perros a pelear?

—Hay varios lugares y esta es la hora, más o menos, en que lo hacen; pero ustedes no van a atreverse a...

—Por favor, Raciel —Ricky no lo dejó terminar la frase—, llévanos aunque sea sólo a mirar de lejos.

—Oigan, ya les ad³²ei 'que si no están invitados eso es peligroso.

Pero tanto insistió el niño y tan apesadumbrada era la cara de Dante, que el joven accedió a llevarlos, con la condición de que no fueran a cometer una torpeza ni hacer una tontería.

Por el camino comieron unas pizzas con unos refrescos, y así llegaron a un escondido rincón de un campo deportivo en reparaciones en el barrio de Luyanó. Allí se disponían a combatir un fuerte mestizo de color blanco sucio, en el que predominaba la raza staffordshire, contra un imponente pastor ruso de gran tamaño. Como ninguno de los contendientes se parecía a Shogún, el trío que observaba desde detrás de las alejadas ruinas de lo que fuera un muro de ladrillos, optó por retirarse antes de que comenzara el horrendo espectáculo.

Luego, Raciel condujo a los primos por unas estrechas callejuelas del apartado barrio de Pogolotti, al oeste de la ciudad, donde sólo había que mirar las hoscas y enigmáticas caras de los habitantes que los observaban al pasar, para comprender que eran gentes de muy baja estofa. Pero eso no amilanó a Ricky y Dante, quienes estaban decididos a hacer cualquier cosa para recuperar a Shogún. Allí, a través de huecos abiertos en una oxidada cerca metálica, pudieron ver como un gran danés y un doberman se'despedazaban ante los gritos

frenéticos de varios individuos que los azuzaban. /

-Ahí tampoco esta mi Shogún —musitó Dante con desencanto. j

-Vamos, que no resisto ese espectáculo criminal dijo Ricky—. Si sigo
viendo eso vomitaré
la pizza que me comí. /

Un rato después el trío tomaba un /taxi y Raciél le indicaba al chofer
que los llevara a Parraga, otro barrio en la periferia de la capital cubana, pero
ubicado hada el sureste.

En una calle sin asfaltar, en la que sólo había tres o cuatro casas de una
sola planta, caminaron por un callejón que bordeaba una de lar, viviendas y
desembocaron en un solar yermo. Al otro extremo del sitio eriazo divisaron un
enorme caserón de piedras abandonado y en ruinas, semejante a un castillo
medieval luego de una batalla. Ricky sacó su pequeña libreta de anotaciones y
comenzó a escribir algo en ella mientras caminaba.

—¡Esperen! —los detuvo Raciél—. Ahí, dentro de ese caserón
desbaratado, es donde iban perros a pelear, pero como ven tenemos que cruzar
este descampado para llegar hasta allá y corremos el riesgo de que nos vean.

- ¿ Q u é hacemos entonces? —inquirió Ricky. ,

Yo creo que lo mejor es quedarnos aquí, pues aunque estamos un
poco lejos podemos ver a todo el que entre o salga del caserón —propuso el
amigo de Longina.

—Lo malo es que ya está oscureciendo y la visibilidad es, cada vez menor —comentó Dante con preocupación,

—Pero Raciél tiene razón, primo —le dijo Ricky, guardándose en el visillo la libretita—, si nos acercamos nos pueden descubrir, así que es mejor quedarnos aquí por lo menos antes que oscurezca más.

Así lo hicieron. Cuando la noche comenzó a cubrir el solar yermo y el caserón en ruinas, Dante pegó un brinco al ver unas sombras que se movían en aquella dirección.

—¡Miren, ahí van unas personas y llevan un perro!

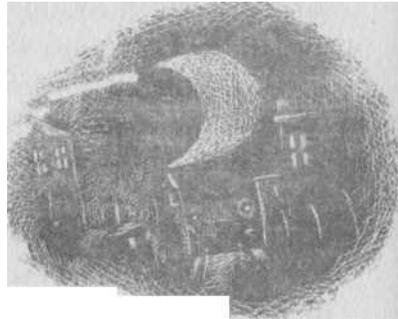
—¡Sí, y es como Shogún! —exclamó Ricky excitado.

—¡Ahora mismo voy a comprobarlo! —dijo Dante y partió resuelto hacia el caserón.

—¡Oye, espera que entren! —trató Raciél de detenerlo con voz que expresaba miedo.

Pero ya Dante no podía oírlo, pues se había adelantado unos diez metros y atravesaba el terreno baldío a grandes zancadas. Sólo pudieron darle alcance antes de que cometiera la torpeza de entrar al caserón, por lo que Ricky lo regañó:

—¿Tú estás loco, primo?



—¿Y si ése es Shogún?

—Debemos esperar para comprobarlo.

—Tu primo nos va a meter en un lío —expresó Raciél, cada vez con más temor. El niño y los dos jóvenes se escondieron entre los escombros para tratar de ver dónde estaban las personas y el perro que habían entrado hacía un momento, cuando los sorprendió una voz a sus espaldas:

—¿Qué *vola* con ustedes?

Se volvieron al unísono y se encontraron con un corpulento negro de piel lustrosa y cara de pocos amigos, que los miraba con ojos fieros.

—¿—se extrañó Dante.

—No... nosotros... —fue a decir Ricky, que sí conocía aquellas palabras muy típicas de la jerga de los maleantes y de la gente vulgar en Cuba, que en Chile significaban «¿qué onda con ustedes?». Pero el negro no lo dejó cuando le gritó a otro compinche:

—¡Oye, Tiburón! ¡Ven para que veas quiénes nos estaban *vacilando!*

—No, nosotros no estábamos *vacilando* a nadie —trató Raciél de defenderse.

—¿Ah, no? ¿Y qué hacían entonces ahí escondidos mirando para adentro?

Antes de que alguno de los integrantes' del trío tratara de explicar qué hacían allí, aparecieron el llamado Tiburón, un mestizo de baja estatura y complexión fuerte, y un blanco alto y delgado.

—Así que estos *finés* nos estaban Vigilando. —
dijo con sorna el mestizo.

—Vamos a tener que darles una lección, Tiburón, para que no vuelvan a meterse en lo que no les importa —propuso el blanco flaco.

Raciel se apresuró, lo más disimuladamente que pudo, a esconderse detrás de unos arbustos, mientras que Ricky y su primo enfrentaban la situación.



Entonces, Dante, que aunque no entendía algunas palabras, sí comprendía la actitud agresiva de los tipos, no los dejó tomar la iniciativa y, antes de que ninguno de los tres tuviera tiempo de reaccionar, tomó por el cuello de la camisa al negro y, con un rapidísimo movimiento de torso y cadera, lo hizo volar por los aires hasta que sus anchas espaldas se estrellaron con un sordo ruido sobre la tierra.

Paralizado momentáneamente por la sorpresa, el mestizo reaccionó e intentó golpear a Dante con su puño derecho, pero el cartero de Pirque y ex guardia de seguridad, interceptó la mano en el aire y la retorció de tal manera al llamado Tiburón, que un alarido de dolor brotó de su garganta para retumbar en las ruinas del viejo caserón.

A todas estas, el flaco había encontrado un palo, que enarbolaba amenazadoramente con intenciones de golpear a Dante. Pero Ricky estaba muy atento y juntó sus pies, midió la distancia e imitando a su ídolo Jason Kidd cuando lanza un tiro libre, besó la palma de su mano derecha, llevó sus brazos por encima de su cabeza y lanzó su pelota de baloncesto con todas sus fuerzas. Esta se estrelló en la cara del atacante, quien soltó el palo y comenzó a aullar con sus dos manos sobre la nariz.

Entre tanto, el negro ya se recuperaba del impacto sobre la tierra e intentaba reincorporarse, pero Dante, sin soltarle la mano a Tiburón, lo hizo traer de

nuevo con una fuerte patada sobre el pecho. Después tomó al mestizo por el cuello con su poderosa mano derecha y le dijo:

—¿Dónde está mi Shogún?

Tiburón lo miró entre adolorido y perplejo antes de responder:

—¿Shogún? ¿Quién es ése? ¿Un orisha?

—¿-Orisha? —balbuceó Dante y miró a su primo con el entrecejo arrugado y mirada confusa.

—¡Yo te traduzco después! —le gritó el niño—. ¡Pero no está respondiendo!

—¡No te hagas el desentendido, que sabes muy bien de lo que estoy hablando! —reaccionó Dante, y cerró más el cerco de sus poderosos dedos sobre el cuello del mestizo.

—¡Schwanzenegger, por mi madre que no sé quién es ese Shogún! —expresó Tiburón en toncp suplicante.

—¡Mi mastín napolitano! —bramó Dante—. ¡Ese que ustedes tienen allá adentro para echarlo a pelear!

—¡Oye, Stallone! ¡No hay ningún mastín ni ningún mastin allá adentro, chico!

—¡No me engañes, que yo vi cuando ustedes; llegaron y entraron con él!

—Mira, extranjero, mi socio Tiburón tiene razón —gimió el flaco sosteniéndose la todavía sangrante nariz. —Nosotros no tenemos ningún mastín.

—¡No me engañen! —Dante volvió a advertir en un tono que no admitía réplicas.

—Oiga, Bruce Lee, ya se lo dijo mi socio — habló con dificultad el mestizo, pues la manaza de Dante en su cuello apenas lo dejaba articular palabras—. Entren para que lo comprueben.

—¡Ricky, ve a ver si es verdad lo que: estos tipos dicen, mientras yo los vigilo!

El niño asintió, recogió su pelota de baloncesto y entró en la casona en ruinas, mientras su primo no les quitaba el ojo a ninguno de los tres individuos. Raciel, entre tanto, se mantenía escondido detrás de los arbustos, haciendo temblar sus hojas, a pesar de no haber una gota de viento.

Al poco rato regresó Ricky, con sólo verle la vara, Dante comprendió la inutilidad de toda aquella escaramuza antes de que el niño dijera:

—¡No es Shogún, sino un rottweiler lo que hay amarrado allá adentro!

—Ya lo ves, Spiderman, nosotros no estamos en na.,.

—Una última pregunta, señores —habló Ricky con gravedad—. ¿Ustedes son Los Mataperros?

—¡Los Mataperros! —saltó Tiburón—. ¡Ojalá, muchacho! ¡Esa gente sí gana dinero!

39
El Albino

Al llegar a la casa fueron recibidos en la puerta por Longina y su padre, bastante preocupados por la tardanza. Entonces, Ricky relató todo lo sucedido, realzando el «heroísmo» de Dante, lo que provocó miradas de admiración de la joven y el rubor del primo. Aunque omitió la actitud cobarde de Raciél, por delicadeza, cosa que agradeció el joven cubano.

—Eran muy simpáticos esos tipos —rió Dante al recordar—. Hablaban muy cómico.

—¿Simpáticos, eh? —saltó Ignacio contrariado—. ¡Tú los encontrarás cómicos porque no entiendes muchas palabras que dicen, pero son peligrosísimos! ¿No llevaban un perro a pelear? ¿No quisieron darles una paliza a ustedes? ¡Maleantes es lo que son!

Después de una reprimenda de Ignacio por desobedecer, se produjo un silencio, que fue roto por Longina al dirigirse a Dante.

—Me da tremenda vergüenza que tu primer viaje a Cuba haya sido tan desastroso.

—Sí, ha sido... aunque, eh... la... —tartamudeó el joven, tratando de explicar lo difícil de perder a su mascota, en contraposición con lo lindo de haberla conocido, pero se le enredaron las palabras.

—Verdad que este hombre lo que necesita es

un *despojo* —habló Raciel—. Que un *babalao* le haga una limpieza.

—¿*Despojo?* ¿*Limpieza?* ¿*Babalao?* —repitió Dante—. ¿Los cubanos no hablan castellano? ¡Porque siempre me están hablando en chino!

—Los *babalao*s son como los sacerdotes de la religión afrocubana —le explicó Longina con una coqueta sonrisa.

—Y sus dioses son los orishas esos que mencionaron los tipos —añadió Ricky—. Supongo que confundieron uno que se llama Ochún con Shogún.

—Tú vas a consultarte con ellos —continuó Ignacio—, y hacen un ritual donde agarran unas ramitas y te las pasan por el cuerpo. Eso se llama «despojar» y así te «limpian» de todo lo malo.

—¿Y funciona? —se interesó Dante.

—A mi primo le gustan todos esos misterios de adivinos, brujos, espíritus, chupacabras... —se burló el niño.

—Es que hay que creer en todo, Ricky —saltó Dante, como justificándose—. Quizás me quiten la mala suerte, sepan adivinar dónde está Shogún, y hasta nos digan cómo ubicar a Los Mataperros.

—Pues si quieres ir a consultarte con alguno —dijo Raciel—, yo conozco al mejor.

—¿En serio? —se entusiasmó Dante.

—Hay que tener cuidado, porque en nombre de esa religión hay muchos farsantes que engañan a la

gente que no sabe para sacarles dinero —habló Ignacio con gravedad.

—Yo nunca he ido a esos lugares —comentó Longina—. Me dan miedo.

—Pues yo iría —afirmó Dante.

—Entonces no se hable más del asunto —dijo Raciél—. Mañana por la mañana los llevo adonde mi amigo El Albino.

Después de eso, todos se despidieron por la avanzada hora y se retiraron a dormir. Bueno, todos menos Raciél y Longina, que se quedaron hablando en la puerta, cosa que molestó al joven chileno.

A punto de apagar la lámpara de la mesita de noche, el mayor de los primos susurró:

—Ricky, quiero hacerte una pregunta.

—Dime rápido, porque se me cierran los ojos.

—Tengo una duda: ¿por qué tu tío Ignacio es blanco y su hija es mulata?

—Porque él se casó con mi tía Caridad, que era negra; por eso Longina es mestiza.

—¿Era dijiste?

—Sí, Dante, mi tía Caridad murió hace como dos años.

—Pobrecita Longina... Oye, ¿y de dónde sacaron ese nombre tan raro?

—Longina era el nombre de la mujer que se enamoró de un gran músico cubano de finales del siglo diecinueve, y éste le compuso una canción que se hizo

muy famosa.

—¿Hay una canción con ese nombre?

—Claro, dice algo así como: «En el lenguaje misterioso de tus ojos, hay un tema que destaca sensibilidad... Longina seductora, cual flor primaveral...».

—¡Qué lindo!

—¡Te gusta mi primita! ¿Eh, picarón? —se burló Ricky.

—Sí, me gusta —respondió Dante.

—¡Pues sueña con ella... y con el babalao! ¡Hasta mañana!

—¡No, espérate! Una última pregunta: ¿has notado que yo he crecido en los últimos días?

—Puede ser —y Ricky aguantó la risa contra la almohada.

A la mañana siguiente, después del desayuno y cuando Longina ya se había ido para sus clases, se apareció Raciél.

—Llamé a El Albino por teléfono y ya nos está esperando.

—¿Es muy lejos? —quiso saber Ricky.

—Sí, un poco. El barrio donde vive se llama Guanabacoa y queda al este de la ciudad.

—Barrio famoso por estar concentrada ahí la santería, la brujería... —comentó Ignacio —. ¡Así que tengan cuidado!

—No se preocupe, tío —contestó Ricky —, yo me encargo de cuidar a estos dos.

Con la risa provocada por la salida del niño, se despidieron y tomaron un taxi en la esquina de la casa.

Llegaron al Callejón de los Padres en Guanabacoa y Raciel le dijo al taxista que se detuviera frente a una casa con techo de hormigón, portal y recién pintada.

—Esos techos son muy pesados —comentó Dante—. Al primer terremoto fuerte se pueden caer.

— Aquí no hay terremotos, primo. Esos techos así, dé cemento, son contra los vientos, porque lo que sí hay son huracanes.

—Ahí vive El Albino —los interrumpió

Raciel.

—El babalao —aclaró Rick \ anotando algo en su pequeña libreta.

—Más bien es un «palero» —respondió

Raciel.

—¿Qué es eso? —preguntó Dante.

—Un tipo de brujo —explicó el joven cubano—. Dicen que son los peores, porque trabajan el mal y hacen mucho daño.

—¿Y ahora me lo vienes a decir? —saltó

Dante.

—No te preocupes, porque te dije que estt es muy amigo mío —aseguró Raciel.

Esperaron un poco después de tocar a la puerta. Un hombre como de treinta, años les abrió. Algo gordo, de piel despigmentada tirando a rojiza, con cabellos, cejas y pestañas de un amarillo casi blanco. Como todo los albinos, apenas se le veían sus ojos en la claridad

Una vez dei, o, ló⁴⁴s visitantes escucharon una música tropical nida del fondo de la casa, percibieron un fuerte a flores y vieron un recinto completamente cerrado, alumbrado sólo por algunas velas. Horribles máscaras en las paredes, jarrones repletos de flores, plumas de pavos reales, grandes *ii*

H

conchas de mar y un altar en una esquina donde, además de la imagen de un santo, se veían collares, dulces, habanos, botellas de ron y otros pequeños objetos que Dante no conocía. En la esquina opuesta, instrumentos de percusión como congas, bongoes, tambores batá, maracas, claves y un bom adornaban el lugar.

—Ellos ron los que te hablé —le dijo Albino.

—Bien, pasen

amigos de los Raciel a El

para acá —y sin



saludar, el hombre descorrió una tela dejando pasar a los primos a un espacio más reducido.

Raciel no entró y El Albino cerró la cortina. Era un pequeño cuadrado de un metro y medio por dos, lleno de santos, velas y otros objetos en el piso, adornos africanos en las paredes y una especie de hornilla de carbón, ante la cual El Albino se sentó con las piernas cruzadas. Los primos lo imitaron a ambos lados. El hombre destapó una botella de aguardiente de caña, tomó un trago, y con un largo fósforo encendió un puro ya fumado hasta la mitad, prendiendo también el carbón de la hornilla. Acto seguido colocó una pequeña olla con agua sobre el fuego, y en lo que el agua hervía comenzó a murmurar palabras en un lenguaje desconocido para los muchachos, mientras ponía los ojos en blanco, echaba hacia atrás su cabeza y soplaba chorros de humo del habano sobre la olla.

Dante y Ricky estaban impresionados y se intercambiaban miradas de asombro y miedo.

Sobre todo cuando, de repente, El Albino resopló, hizo un gesto como si sintiera un escalofrío y comenzó a echar dentro de la olla algunas ramitas secas recortadas, así como delgados huesos presumiblemente de animales. Al hervir el agua, los palitos y huesos

se movían como en una danza macabra por toda la superficie y a veces hasta se montaban unos sobre otros. Eso era lo que *leía* el hombre con sus *poderes*.

—Cuando yo pregunte, tú dirás sólo sí o no. ¿De acuerdo? —se dirigió a Dante con una voz cavernosa.

El joven chileno asintió después de mirar a su primo.

—Mmmmh... ¿Tú eres extranjero, verdad?

—Sí —respondió Dante.

—¿Ves? Yo no me equivoco —comentó El Albino.

Ricky sonrió al ver la cara de asombro de su primo. «Qué inocente es», pensó. Eso lo hubiera adivinado cualquiera de sólo verlo o escucharlo, si es que no se lo dijo Raciél.

—¿Y nunca habías venido a esta tierra, verdad? —continuó el hombre.

—No.

—Este niño parece de aquí, pero no lo es... Mmmmmh... ¿Es familiar tuyo, no es así?

—Sí, es mi primo —respondió Dante totalmente entregado a lo que sucedía. ,

—Mmmh... Aquí sale que hace un tiempo tuviste algo que ver con un ser maligno, horrible... Mmmh... algo así como el chupa... el chupa algo, ¿no?

—¡Sí! ¡El chupacabras! —saltó Dante, y su primo volvió a sonreír.

—¿Ves que yo puedo saber todo con sólo leer aquí y con la ayuda de seres que me guían y me cuidan?

—Oiga, ¿y ahí' sale lo que le pasó a él en un ibanco con una vieja con bigote, cuando era guardia

de seguridad? —intervino Ricky, señalando a su primo y con tono irónico.

—¡Ricky! —lo regañó Dante.

—Mmmmh... ¿Para qué viniste a verme? —dijo El Albino, dirigiéndose al joven, después de lanzarle una mirada de reproche al niño—. ¿Qué quieres saber?

—¡Necesitamos saber dónde está mi perro y descubrir a Los Mataperros. Todo parece indicar que, fueron ellos los que me lo robaron!

—¡Ah, eso!... Mmmmh... ¡Aquí veo algo...!

El hombre se acercó más a la olla y estuvo observando uno segundos, mientras movía su cabeza en gesto de negación. De pronto, abrió mucho sus ojos, resopló y volvió a retorcerse como si hubiera sentido un escalofrío.

—¡Mmmmh!... Esto está malo... malo, malo...

—¿Qué pasa? —se desesperó Dante.

—Aquí leo que no fueron Los Mataperros esos que dices.

—¿No? —exclamó Dante—¿Entonces...?

—Creo que tu ierro ya no está entre nosotros...

—¡¿Cómo?! — saltó Dante.

—Sí... ¡Mmmmh!... ¡A tu perro lo sirvieron en un plato con salsa y ensalada!

—¿Qué? —se paró el joven y Ricky tuvo que darle la vuelta a El Albino para llegar hasta él y aplacarlo—. ¡No entiendo!

—¡Que a tu perro lo mataron, lo cocinaron y se lo comieron!

—¡Pero eso no es posible! ¿Quién es ese criminal, esa bestia? —seguía Dante descontrolado.

—¿Usted está seguro, señor? —preguntó

Ricky—. No juegue con eso. Mi primo no está para esas bromas.

—¡Cómo se le ocurre que voy a jugar con eso! ¡Eso es una falta de respeto suya, mocoso fresco y descarado! —vociferó El Albino, se puso rojo y las venas del cuello "e le marcaron.

—¡Nu se ponga así, señor! —trató Ricky de calmarlo—. ¡Disculpe! ¡No fue mi intención!

De repente, un sonido espeluznante desde el fondo de la casa, como un aullido salvaje llegado de lejos, los paralizó e hizo que a los muchachos se les erizaran los pelos de la nuca.

—¡Jesús, María y José! —exclamó Dante con terror—. ¡El chu... chupacabras!

—¡Qué chupacabras de qué! ¡Se parece al aullido de nuestro Shogún! —dijo Ricky.

Un segundo después del aullido se escuchó un descomunal rebuzno, a continuación un fuerte gruñido y, por último, una ensordecedora mezcla de graznidos y chillidos.

Entonces, El Albino, como tocado por una corriente eléctrica, comenzó a retorcerse, a poner los ojos en blanco y a gritar:

—¡Váyanse
¡Aléjense seres! ¡Na
El brujo
diente para
boca, a manera de
Ricky



espíritus!
va a hacer daño!
tomó otro trago de aguar-
expulsarlo, luego por la
surtidor a presión. Dante y

tuvieron que ocultar sus caras detrás de sus brazos para no recibir en los ojos aquella lluvia alcohólica.

En ese instante entró Raciél alarmado por el escándalo.

—¿Qué sucede aquí? —gritó, y enseguida agarró a El Albino para controlarlo.

—¡Que mis palos y huesos dicen que al perro de este tipo se lo comieron y no lo creen! ¡Incluso el chamaco dudó de mi seriedad! ¿Viste cómo se pusieron los seres que me cuidan?

—¡Ya le pedí disculpas! —respondió Ricky—. ¡Fue un malentendido!

—¡Vamos! ¡Vámonos de aquí! —los empujó Raciél hacia la salida.

Dante estaba como ido y Ricky algo confuso por la situación. Se dejaron llevar sin problemas. Ya en la calle, Raciél los regañó:

—¡Pero ustedes están locos! ¿Cómo pueden discutirle a un hombre tan poderoso como ese? ¿Yo no les dije que era un *palero*? ¡Y ellos, cuando se enojan, son las personas más peligrosas del mundo!

Ricky bajó la cabeza, pero Dante actuó como si no hubiera escuchado nada. De repente reaccionó como entendiendo al fin lo que les había dicho El Albino.

—¡Yo no me voy de aquí hasta que ese hombre me diga quién fue el que se comió a mi pobre Shogún!

—Es mejor irnos, Dante —y Raciél lo agarró por el brazo para llevárselo del lugar—. ¡Te lo digo yo! ¡No provoques más a ese hombre que está furioso!

—¡Que no me voy! —gritó el muchacho, soltándose de Raciél—. ¡Yo tengo que saber quién mató a mi perro para hacerle una visita. Para que no lo vuelva a hacer...! ¡Cubanos desgraciados!

—¡Oye, aguanta, que no todos los cubanos somos así! —se molestó Raciél.

—¡Cálmate, Dante! —lo atajó el niño—. ¡No puedes juzgar a todos los cubanos por lo que te hizo uno! ¡Tú mejor c>ie nadie sabes que también hay chilenos malos!

—Perdón... Lo dije sin pensar —y Dante bajó la cabeza, pero enseguida la irguió para gritar—: ¡Pero ese que lo hizo lo tiene que pagar!

—Creo que debemos volver a entrar —le dijo Ricky a su amigo cubano—. Yo conozco a mi primo y sé que está fuera de sí por la noticia.

—¡Está bien! —aceptó Raciél—. Pero soy yo quien entrará. ¡Ustedes espérenme aquí!

Dicho y hecho. El niño trató de calmar a su primo, dándole palmaditas por la espalda y hablándole de Longina, lo sencilla, inteligente y buena que era, pero ni eso

pudo tranquilizarlo.

Al rato salió Raciél con cara de preocupación.

—Miren —dijo—, logré que entendiera, razoné con él y me dijo que se iba a poner a leer de nuevo sus palitos y huesitos para averiguar más.

—Gracias, Raciél —dijo Ricky, y Dante asintió con la cabeza.

—Pero son cincuenta dólares.

—¿Qué?! —dijeron los primos al unísono.

—Así es la cosa —contestó el joven cubano—. No es nada contra ustedes, pero eso es lo que él siempre cobra.

—¡Treinta mil pesos por la consulta! —soltó

Ricky.

—¿Cincuenta dólares son treinta mil pesos chilenos? —ahora se asombró Raciél—. ¡Pero eso es mucho dinero!

—Es que allá es distinta la conversión —le aclaró el niño—. No es fácil explicártelo.

—¿Y cuánto es...?

—¡Bueno, cuando diga lo que queremos saber, yo le pago! —aceptó Dante, interrumpiendo.

Raciél regresó a la casa y los primos lo esperaron afuera. Aunque en este caso era Dante el que tranquilizaba a Ricky, que no podía creer lo que cobraba el *palero*.

Unos minutos después, el joven salió con una expresión más esperanzadora.

—¡Ya está! —dijo—. Me contó quién era el hombre que hizo eso y dónde se puede encontrar. Dame el dinero.

—¡Espérate! —lo detuvo Dante—. Primero di lo todo.

—Bueno, al tipo le dicen Tito Gourmet y se dedica a dos cosas: comprar y vender mascotas exóticas, y a matar animales raros para cocinar platos exquisitos con ellos. Muchos extranjeros pagan bastante por ambas cosas.

—¿Y dónde está ese restaurante? —quiso saber Dante.

—¿Cómo restaurante, chico? ¡Ese es un negocio clandestino, ilegal, de contrabando! ¿Entienden? El llama a los turistas extranjeros por teléfono, les ofrece el menú raro o los animales exóticos y se los lleva a domicilio, a los hoteles o donde estén.

—¿Entonces, dónde se puede ubicar a ese

hombre? —preguntó Ricky.

—El Albino me dijo dónde trabaja el tipo.

—¿Tú lo conoces? —quiso saber Ricky.

—¡No! ¡Nunca lo he visto en mi vida!

—¡Pues vamos a verlo ahora mismo! —exclamó Dante.

—Espédate, Dante —siguió Raciél—. El tipo trabaja en un centro nocturno. Así que hasta la noche no podemos ir a verlo.

Al joven chileno se le cayeron un poco los ánimos, pero tuvo que aceptar la situación. El joven cubano recibió los dólares y fue a entregárselos a El Albino. El niño chileno-cubano se quedó pensativo.

—¡Quién se iba a imaginar que mi pobre Shogún viajaría tan lejos para ser asesinado y comido! —comentó Dante con lágrimas en los ojos al quedarse solo con su primo.

—¿Sabes algo, Dante? —le habló el niño—. Hay algo en todo esto que no me convence.

—¿Qué cosa?

—No sé, pero tengo⁴⁹ un presentimiento.

—¡Te imaginas que cuando llegemos esta noche a ese lugar, el tipo nos entregue a mi perro vivo y después agarremos a todos los delincuentes involucrados! ¡Qué bueno sería, no es cierto!

—Sí... ¡Que fácil resultaría todo!

Sin embargo, lo que les esperaba no era fácil. Cada vez se metían más en aquel mundo sórdido y temible. Pero, lamentablemente, el deseo de recuperar a Shogún les tejía una cortina, ocultándoles el enorme peligro que los acechaba.

Longina estudiaba el último año de la carrera de Historia del Arte. Tito Gourmet Por suerte, aquel día la joven regresó temprano de sus clases, lo que le permitió acompañar a su primo Ricky y a Dante en un paseo por La Habana Vieja, visitando museos, palacetes y edificaciones muy antiguas. Todo era impresionantemente bello, pero a Ricky no le bastó para quitarse de la cabeza^ las ideas que le rondaban. Sin embargo, Dante, el más afectado, fue el que más se entretuvo al caminar al lado de aquella preciosa mulata, cuya presencia lo entusiasmaba y al mismo tiempo lo ponía nervioso.

Al enterarse Longina que esa noche Raciél los llevaría a un centro nocturno, se había invitado sola porque le encantaba bailar.

A eso de las ocho, ya los tres se vestían con sus mejores galas en sus respectivos dormitorios. Bueno, sólo dos, porque Ricky, echado en la cama y con su libretita abierta, hacía rato que meditaba.

—¡Dante! —dijo de pronto—. ¡Ven acá!

El joven vino desde el baño donde se peinaba con esmero.

—¿Qué quieres, primo? —contestó—. ¿Todavía no te has vestido?

—No. Pero quiero decirte algo importante.

—Dime —dijo Dante, sentándose en la cama y mirándolo con atención.

—Hoy te comenté que había algo que no me convencía, ¿no es cierto?

—Sí, y c •'<= tenías un presentimiento, ¿no?

—Máb que un presentimiento —respondió P icky— era una idea.

Analícemos... ¿cómo es posible que El Albino pudiera saber que tú tuviste que ver con el caso del chupacabras en Chile?

—¡Porque es un brujo, un adivino! ¡El lo leía en sus palitos y huesitos! ¿No lo viste?

—Dante, por favor, no seas inocente. Yo no creo en esas cosas. A él alguien le tuvo que dar esas informaciones sobre ti.

—¡Yo no estoy de acuerdo contigo, Ricky! ¡El tipo nos ayudó!

—¿Y qué me dices del aullido y todos esos ruidos de animales?

—Bueno, él dijo que eran seres...

—¿Qué seres? ¿De qué hablas?

—Ricky, escúchame, lo que te pasa es que, como yo, tú estás muy afligido por la muerte de Shogún... 51

—¡Yo no creo que Shogún esté muerto! ^-saltó el niño.

—Jesús, María y José! ¿Tú piensas que está

vivo?

—Sí, Dante. Y esta noche quizás lo comprobemos.

—¿Pero si es así...? —dudó el joven—. ¿Quién está detrás de todo esto?

—No te lo puedo asegurar, pero El Albino es un sospechoso.

—¿El Albino? Pero... ¿Tú crees o tienes alguna prueba?

—Mira, esas maracas en el llavero pueden ser la clave.

—¿Las maracas? No entiendo nada, primo...

Pero Ricky no lo estaba escuchando y siguió el curso de sus pensamientos, como si hablara consigo mismo. Un instante después comentó:

—Y si El Albino tiene algo que ver con el robo de Shogún, entonces también...

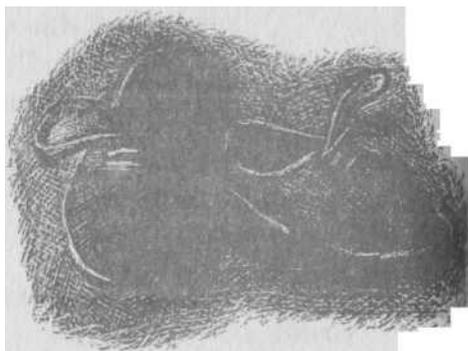
—¿Están listos? ¡Ya llegó Raciel! —gritó Longina desde el pasillo.

—No te preocupes, Dante —continuó el niño—. Vamos ahora a ver a ese Tito Gourmet y después veremos a dónde nos lleva todo.

—Está bien. Pero te digo una cosa: Tito Gourmet me la va a pagar muy caro... Bueno, ¡apúrate y vístete!

—¿No puedo ir
baloncesto?

—¡Ricky, por
Dante, sentado en
ponerse los zapatos,
ponía
una camisa de mangas
incorporó y se dirigió al
última vez en el



con mi camiseta de

favor! ¡Claro que no!
la cama, se apuró en
mientras Ricky se

largas. El joven se
baño para verse por

espejo, cuando notó que cojeaba ligeramente.

—¡Ricky! ¡Mira esto! —dijo, mientras caminaba de un lado a otro de la habitación—. ¡No sé qué me pasa! ¿Lo ves?

—Sí, ¿te duele algo?

—No, es sólo que...

—¿Te creció una pierna más que la otra? —preguntó el niño muy serio.

—No sé... ¿No te pregunté anoche si habías notado que estaba creciendo?

—Sí, y te dije que podía ser, ya que se sabe que el calor y la humedad de este país hacen crecer a algunos extranjeros, sobre todo a los de países más fríos. Es por una operación molecular rara, que se produce a nivel de células.

—Bueno, eso lo puedo entender, incluso te dije que me sentía más alto, ¿pero por qué ahora me ha crecido sólo la pierna derecha? —comentó Dante.

—No sé, quizás tienes problemas con tus células de la pierna izquierda. Debes preguntarle a tu médico.

—Jesús, María y José! ¡No paran mis desgracias en esta Isla!... Por favor, primo, sal y dile a Longina que no puedo ir con ustedes esta noche.

—¿Pero por qué? —Ricky tuvo que echarse a reír, pero Dante ni veía ni oía.

—¡Porque ella es una mujer perfecta y no me puede ver así con esta cojera! ¡Imagínate que quiera bailar conmigo! ¡Nunca se va a fijar en mí! ¡Qué desgracia la mía!

—Yo creo que le estás poniendo mucho, primo —dijo el niño sin parar de reír.

—¡No, no y no! ¡No voy a salir de aquí mientras ella me pueda ver así! ¡Anda, dale, dile que no voy!

—¡Cálmate, Dante! Ven, siéntate ahí —y Ricky le señaló la cama, con los ojos aguados de la risa—. Eso es... Mira, desde la primera noche en el hotel, yo aumenté las suelas de tus zapatos con cartoncitos pegados; por tanto, cuando te levantabas y te los ponías parecías más alto.

—¡No lo puedo creer! ¡Otra de tus gracias pesadas!

—Y anoche no me dio tiempo, porque saliste rápido del baño y sólo pude

pegárselas al zapato derecho, por eso cojeabas.

—¡Te voy a...!

—¡Apúrense, chilenos! —llamó Longina—. ¡Vamos a llegar tarde!

Entre risas y movimientos ágiles, en un par de minutos salieron y los cuatro se pusieron en camino hacia El Vedado.

En la esquina de *H* y *L* de esa barriada, hacía dos años existían varios edificios viejos y deteriorados que fueron demolidos, para erigir quizás el centro nocturno más lujoso de la capital.

El Cocotero Azul, como se llamaba, era visitado por casi todos los turistas que veraneaban en la Isla y ya era famoso por sus dos shows, uno a las diez de la noche y otro a la una de la madrugada⁵⁴, donde hermosas bailarinas y cantantes deleitaban al público con su arte, acompañados por una magnífica orquesta. Los visitantes cenaban y, después de ver el show, bailaban hasta el amanecer.

Al llegar, Raciél los guió directamente hasta la entrada de los artistas, por la calle lateral, y logró pasar dándole una propina al guardia de seguridad, en tanto los otros, mientras esperaban afuera, dieron una vuelta por la entrada principal del lugar. Estaban mirando y comentando la belleza arquitectónica del moderno edificio, cuando de un auto vieron bajarse a varias personas.

—¡Dante! —saltó Ricky—. ¡Ése no es...!

—¡Sí, qué casualidad! —respondió su primo—. ¡Es Nelson Estay!

—¿Quién es él? —preguntó Longina.

—Es un funcionario importante de la Federación Cinológica de Chile —le contestó el niño, y bajando la voz añadió—: Un tipo pesadísimo.

—¡Voy a saludarlo! —y Dante se adelantó hacia los recién llegados.

Llegó hasta el hombre, seguido de cerca por Ricky y Longina.

—¡Hola, don Nelson!

—¡Hola! —respondió el directivo chileno sin entusiasmo, pero un tanto sorprendido de ver a su joven coterráneo en aquel lugar.

—¡No sabía que estaba en Cuba! —continuó Dante.

—Sí, vine a la competencia —dijo Nelson Estay con gravedad.

—¿Ya se enteró de lo que le pasó a mi Sho- gún? x

—Sí, supe que te lo robaron —contestó el hombre.

—¡Así que tú eras el dueño del famoso mas-
tín napolitano! —intervino uno de los acompañantes de Nelson—. A mí, como presidente de la Federación Cubana, me tiene muy preocupado este asunto del robo. No quiero que se riegue un sentimiento de inseguridad entre los competidores.

—No te preocupes, Bebo, yo te ayudaré a resolver eso —le respondió Nelson a su colega cubano, y dirigiéndose a Dante—: Parece que no fue una buena idea que los carabineros p⁵⁵usieran a ese mastín napolitano bajo tu cuidado. Demostraste que eres un irresponsable.

—¡Pero, señor...!

—Lo siento, pero a partir de este momento, como no tienes perro que presentar, queda sin efecto tu inscripción en la Exposición Internacional. Por tanto, no puedes ir más por el hotel, ni por el parque Josone, y ojalá que ni por Varadero... Permiso.

Y los hombres caminaron hacia la entrada del cabaret, dejando al turbado y afligido Dante en las manos consoladoras de su primo y Longina. Pero n[^] las bromas de Ricky ni la coquetería de la muchacha pudieron reanimar al jo' -n, quien cada vez veía que estaba siendo muy castigado por algo que no se merecía.

En eso estaban cuando un enorme bus estacionó frente a *El Cocotero Azul* y de su interior comenzaron a bajar varios pasajeros que los niños conocían. Era un tour desde Varadero, que traía a los competidores para divertirse un poco antes de la competencia canina.

—¡Mira quiénes vienen por ahí, Dante!

—exclamó Ricky.

El joven miró y reconoció a la pareja de aristócratas holandeses, que eran los únicos que

viajaron hasta La Habana con la perrita Sophie en sus brazos. A pesar del malestar y la tristeza de Dante, éste no pudo aguantar la risa al ver a la poodletoy con un sombrerito de plumas ladeado sobre su moño y un collar de fantasía, imitando al verdadero de oro con diamantes de su dueña. Ricky y Longina hicieron comentarios burlones lo que provocó más risas.

—¡Helio!—los interrumpió una voz por detrás.

Al virarse sorprendidos, vieron a una conocida cara rojiza y con marcas de granitos.

—Me enterar robo de perra —continuó el australiano—. Si Danta hubiera vendido *for me, no problem* ahora.

—¿Qué Danta de qué, señor?! —protestó Dante ofendido—. ¿Te gustaría que te dijeran gringa?!

—¡Cálmate, chico! —Longina lo tocó por el brazo y el joven se ruborizó, no se supo si por el contacto o por el enojo. De todas maneras se tranquilizó.

—¿Usted sabe algo del robo?

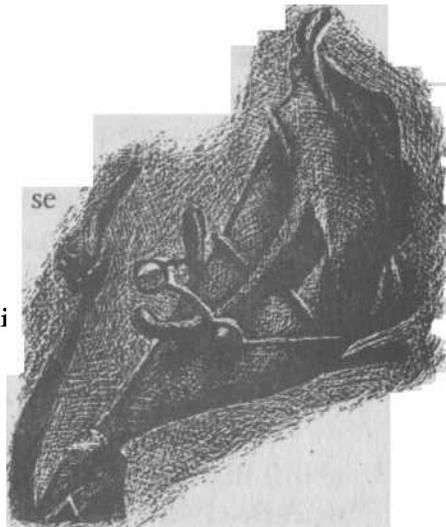
—lo inquirió Ricky. —Me no saber nada.

—¿Y cómo enteró?

—insistió el niño.

—¡Aaaah! decir al oído!

—Bueno, mi podrá competir más



|Me tener pajarita que querida pajarita, ahora

confiado, porque nuestro perro era favorito, ¿no es así? —le dijo Ricky en tono burlón.

—No, *me never* competir. Yo venir a Varadero por otro asunto que ya resolver. El sábado regresar a mi país... *Excúseme...* permiso, jóvenes...

El australiano también siguió a la comitiva que ya ingresaba en el centro nocturno.

—¡Ese es nuestro hombre, Ricky! —exclamó Dante al alejarse el australiano—. ¡Siempre quiso a Shogún y como no se lo vendimos, seguro le pagó a Los Mataperros para que lo robaran!

—Sí, puede ser, primo.

—¡No! ¡Puede ser no! ¡Es él! —insistió Dante—, ¿No oíste cuando dijo que resolvió su asunto y ahora se va para su país? ¡Su *asunta* era mi Shogún! ¡Vamos a seguirlo para pillarlo cuando se lleve a mi perro!

—¡Espérate, Dante! Es verdad que parece muy sospechoso, pero tenemos tiempo. No se va hasta el sábado. Si vemos que no adelantamos nada en la investigación en que estamos, y es él, lo atrapamos antes de llevarse a Shogún.

—Como quieras, pero para mí él es el ladrón y me alegra mucho.

—¿Por qué te alegras, primo?

—¡Porque eso significa que Shogún está vivo!

—Oigan, muchachos —intervino Longina—. Veo a Raciél que nos hace señas desde la entrada lateral.

—Sí, vamos, Danta —dijo Ricky burlón, y los tres se dirigieron hacia el joven cubano.

Había mucho movimiento en la calle, gente que llegaba en diferentes vehículos. Nadie quería perderse el show de *El Cocotero Azul*.

—Ya resolví todo —explicó Raciél—. A Ricky no lo dejan entrar al salón principal por ser menor de edad, pero puede quedarse tras las cortinas del escenario.

—¿Y a Tito Gourmet? ¿Lo localizaste? —preguntó Dante algo ansioso.

—Sí, ya hablé con él y en el intermedio hablará con ustedes.

—¿Pero por qué no ahora mismo? —quiso saber Ricky.

—Porque él es el timbalero de la orquesta —respondió Raciél—. Hasta que no termine el primer show no está libre.

—¿Timbalero? —no entendió Dante.

—Es el que toca parado y con baquetas, toca dos tamborcitos, el platillo y la campana —explicó Ricky graficando con sus brazos y manos.

—¿Campana? ¿De esas de iglesias? —siguió Dante confuso.

—¡No, primo, se le llama campana a esa cosa metálica, igual a la que se les cuelga en el cuello a los bueyes! —y Ricky redondeó su explicación con sonidos guturales acompañando el movimiento de sus manos, como si golpeará el instrumento—, y que suena quin, tac, quiquin, tac, quin, tac...

—¿Alguien de ustedes me puede explicar qué exactamente hay que hablar con ese hombre? —se quejó Longina, interrumpiendo a Ricky.

—Ya te explico —le dijo Raciél, tomándola por el brazo—. ¡Vamos, muchachos!

Eso último le cayó como una patada en el pecho a Dante. Ricky lo comprendió y enseguida fue

a calmarlo a escondidas.

Una vez adentro, se pararon detrás de una de las cortinas del escenario, donde podían ver todo el salón con la gente cenando y bebiendo, mientras el primer show con la belleza de las modelos y bailarinas, más las luces, la escenografía, las voces de los cantantes y la contagiosa música salida de la orquesta

*compuesta por más de veinte instrumentos, hacían las delicias de los presentes.

Los cuatro amigos no podían hacer nada durante la puesta en escena, por tanto disfrutaban de aquel alegre espectáculo, mientras esperaban el término del show'.

Cuando llegó el final, en medio de los aplausos, Ricky vio a Dante mirar al timbalero de la orquesta y remangarse la camisa, por eso hizo un aparte con su prima y le habló.

—Necesito un favor tuyo.

—Lo que quieras, Ricky.

—Llévate rápido a Dante para la pista a bailar, porque no me gusta su actitud.

— ¿Por qué dices eso? —se preocupó la muchacha.

—Es que yo conozco a mi primo y estoy seguro de que va a querer pegarle a ese delincuente de Tito Gourmet.

—¿Porque le mató a su perro? —preguntó ella.

—Claro. Además, aunque no lo hubiera hecho, sólo saber que mata animales o trafica con ellos, ya es suficiente para que Dante esté muy furioso. No conviene: eso aquí, porque yo debo hablar con él sin escándalo, ¿entiendes?

—No hay problema, mi primo, 'en la primera canción envasada que pongan lo sacó a bailar.

Y así fue. Lo que sorprendió agradablemente a Dante, ya que pensaba que ella bailarían con Raciél. Sin embargo, no tuvo tiempo de disfrutar mucho esa *victoria*, porque enseguida se dio cuenta de que iba a bailar con una cubana, una experta, y él se sentía un palo de escoba, incapaz de mover bien la cintura, las caderas y llevar el ritmo como ella. Pero era tarde, ya no se podía echar atrás. «Si pusieran un merengue, que es tan sencillo de bailar», pensó. Pero no tuvo suerte. Y todos los presentes en *El Cocotero Azul* rieron ante la improvisación y los contorneos descoordinados de Dante al ritmo de salsa.

Mientras eso sucedía, Raciél llevaba a Ricky hasta el camerino de los músicos para hablar con Tito Gourmet. Esperaron a que salieran los demás, al quedar solos, el amigo de Longina fue el primero en hablar:

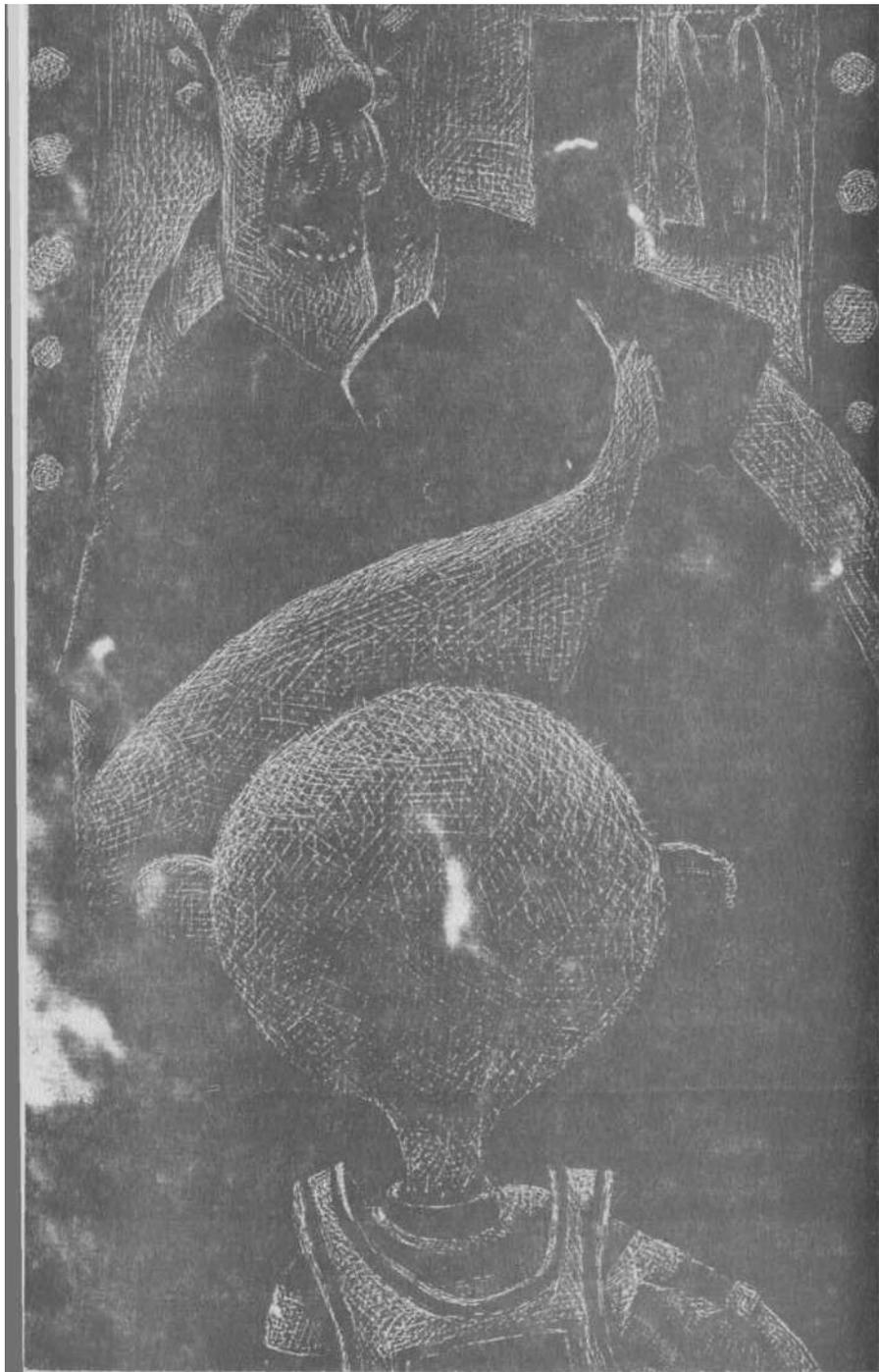
—Mire, Tito, él es uno de los chilenos que quieren hablar con usted.

—¿Quiere comprar un tocororo? ¡Es el ave nacional de Cuba! ¡Y quedan pocas, porque está prohibido tenerlas en cautiverio de forma particular!

—No, gracias —respondió Ricky.

—¡Ah, entonces lo que desean es comerse un manatí! ¡Debo decirte que es una carne riquísima y, además, es una especie en extinción! ¡Nadie en el mundo le puede ofrecer un plato así!

—No, muchas gracias, pero ese tampoco es el motivo de nuestra visita —dijo el niño con mucha calma y haciendo un esfuerzo muy grande para no



decirle a Tito lo que se merecía.

—Entonces, ¿para qué me quieren?

—Lo que necesitamos, primero, es saber si usted ha vendido recientemente un mastín napolitano negro, o... — Ricky titubeó por lo desagradable de la pregunta- - si lo ha servido en una de sus comidas especiales.

—¿Ustedes son policías? ¿De la Interpol o algo así?

—¡No! —intervino Raciél—. Ellos son primos de una amiga mía, criadores de perros. Les robaron su mastín napolitano.

—¿Un mastín napolitano? —pensó el hombre—. Deja ver... Ayer cocinamos un martín a la napolitana, un martín pescador con queso, quiero decir. ¿Eso querías saber?

—¡Lo que queremos saber es si usted ha tenido en sus manos o ha visto a nuestro perro! —Ricky se desesperó un poco.

—No, la verdad que no —contestó Tito Gourmet—.

Aunque quizás uno de mis hombres lo haya visto. Pero te doy un consejo: búscalo entre los que pelean perros.

—Ya estuvimos buscando por ahí, pero no encontramos nada. Parece que tendremos que volver a hacerlo —dijo Ricky, con tono de decepción en su voz.

—Bueno, si eso era todo... —se preparó el timbalero para salir.

—¿Le puedo hacer una pregunta más? —lo interrumpió el niño.

—Sí, dime.

—¿Usted no tiene escrúpulos en vender esos animales a punto de extinguirse? Y lo que es peor, ¿no siente remordimientos por matarlos y cocinarlos?

—Mira, niño, te voy a responder porque Raciél me dijo que venían de parte de El Albino. Primero, yo los vendo a extranjeros que sé que los van a cuidar; y segundo, yo ni los mato ni los cocino.

—¿Ah, no?

—Claro que no —siguió el músico—. Lo que cocino son pollos, puercos y pescados, lo mismo que comemos siempre tú y yo, los adobo con salsas especiales para que tengan sabores extraños y les digo a los extranjeros que son animales exóticos.

—¡No lo puedo creer! —exclamó Ricky con emociones encontradas, porque se alegraba de lo que oía, pero se daba cuenta del otro delito—. Entonces, usted es un embaucador.

—Llámalo como quieras, pero hay que ganarse la vida.

Ricky lo miró, pero no quiso discutir. Lo importante era seguir la investigación y después vería qué hacer con aquel delincuente.

—Bueno, ¿puedo pedirle, por favor, que averigüe de nuestro mastín con sus hombres, y si se entera de algo nos dé la información?

—¡Por supuesto! —dijo el hombre, casi saliendo del camerino—. ¡Si me entero de algo, enseguida se lo digo a Raciélito!

Por los ojos de Ricky cruzó un brillo como relámpago, miró a Raciél y le hizo señas para regresar junto a Dante y Longina.

Cuando llegaron cerca de la pista de baile no podían creer lo que vieron. En medio de todos los asistentes, Dante realizaba un solo de baile, inventando pasos y haciendo piruetas que el público aplaudía llevando el ritmo de la música.

Cuando al fin terminó y fue ovacionado por todos los presentes; Longina lo trajo casi a rastras, porque quería seguir bailando, hasta donde estaban su primo y su amigo cubano.

Después de recibir las felicitaciones y algunas burlas de Ricky, Dante pudo al fin controlar la sofocación para decir:

—Bueno, ahora vamos a hablar con el Tito Gourmet ese.

—No, Dante, ya hablé con él —respondió el niño.

—¿Cómo? ¡Imposible! ¡Yo tengo que ver a ese tipo y darle su merecido!

—¡Cálmate, Dante! —dijo Raciél—. El timbalero no cocinó a tu perro.

—¿No?! —se sorprendió el joven.

—No, mi primo —añadió Ricky—. Incluso, podría decirte que es un maleante, pero no un asesino de animales.

—¿Cómo es eso? —dijo Dante muy confundido.

—Mejor te explico en la casa —y Ricky con un gesto indicó la salida—. Disculpen, pero es tarde y tengo mucho sueño.

—¿Irse ahora que se está poniendo bueno esto y que estoy alegre por la noticia de que Shogún está vivo? ¡No, ahora hay que celebrar! —y Dante comenzó a dar sus pasos ridículos de salsa, a pesar de que en ese momento lo que se escuchaba era un bolero.

—Raciél, por favor, ¿por que no llevas a Ricky para la casa y yo me quedo acompañando a Dante? —propuso Longina con coquetería.

El niño se dio cuenta del fuego que brotó de la mirada del joven cubano. Era la escena más violenta que presenció en todo este viaje, a Cuba. Ni siquiera la pelea con los tres tipos en aquel caserón le ganaba a ésta.

—Esto se está poniendo bueno —balbuceó para él.

Y si alguien lo hubiese escuchado, pensaría que se estaba volviendo loco.

Algo bastante lejos de la realidad, como se vería más adelante.



Cuando Dante entró, casi a la medianoche, en el dormitorio que compartía con su primo en casa de los Sotolongo, Ricky lo estaba esperando con marcada impaciencia. Pero cuando el niño fue a decirle algo, notó que el joven tenía la mirada ausente y sonreía de muy extraña manera.

—¿Qué te pasa? —le preguntó con preocupación.

—Longina seductora... —musitó Dante en un tono que recordaba la pieza musical cubana.

—¡No me digas que te vas a poner a cantar a esta hora! —exclamó Ricky con fastidio, advirtiéndole a su primo—. ¡Creo que te ha dado muy fuerte!

, En vez de responder, el joven levantó al niño con sus poderosos brazos y le dio un beso en la frente.

—¡Bendita sea la hora en que vinimos a la casa de tu familia en La Habana, primo!

—Oye, eso está muy bien. ¡Te has metido con mi prima!

—¿Metido?

—Sí, aquí en Cuba se dice así cuando uno está enamorado.

—¡Pues yo estoy metido con Longina!

—Estás metido como un caballo con mi prima.

—¡Respeto a tu prima, Ricky —ahora Dante puso cara de ofendido—, que no tienes por qué compararla con una yegua!

—¿Quién ha comparado a Longma con una yegua?
—el niño lo miró sin entender.

—¡Tú mismo, cuando dijiste que *es tas metido como*

un caballo! ¡Si yo soy un caballo, entonces ella es una yegüita!

—¡Ah, primo, esa es otra expresión que se usa mucho aquí, cuando una persona está muy enamorada de otra!

—Bueno, si es así... —Dante pareció convencerse con la aclaración y de repente agregó—: ¡Entonces, yo estoy metido como un caballo de carrera con Longina! ¡Como un caballo de Troya! ¡Como un caballo de...!

—¡Córtala, Dante! Eso que sientes está muy bien — le reprochó Ricky—, ¿pero ya se te olvidó tu perro?

—Jesús, María y José! ¡Claro que no!

—Entonces, deja la tontera esa y siéntate. Te estaba esperando porque quería hablar contigo sobre algunas cosas en las que he estado pensando.

Dante se sentó en el borde de la cama y le preguntó con interés:

—¿En qué has estado pensando, Ricky?

—En que Raciél, por alguna razón, nos está llevando por un falso camino para encontrar a Shogún.

—¡No digas eso!—Dante se sonrió—. ¡Lo que le pasa a Raciél es que está celoso porque está perdiendo la batalla por Longina!

—Eso también es verdad, porque cuando mi prima decidió quedarse contigo esta noche en *U.L Cocotero Azul*, ese muchacho te miró de una manera hasta me asusté, para qué voy a negártelo. Pero aparte de eso, hay otros detalles que me hacen sospechar de él.

Ahora Dante se inclinó hacia el niño más interesado aún para inquirir:

—¿Cuáles detalles son esos, primo?

—Por ejemplo, su disposición e interés para que fuéramos a ver a El Albino, que para mí es un farsante y eso lo tiene que saber muy bien Raciél.

—¡Ay, primo, eso fue un favor que nos hizo! —

¿Favor de qué, Dante? ¡Tú eres tan ingenuo como grande y fuerte! ¡El nos llevó a ver a El Albino para estafarnos cincuenta *fulas*...!

—¿*Fulas*? ¡Te aseguro que a mí nadie me ha estafado nada de eso, Ricky!

—Así le dicen popularmente en Cuba a 'os dólares, Dante.

—¡Ah! Entonces, lo dices porque tuve que darle esos dólares a El Albino.

—O más bien dárselos para que El Albino y Raciél se los repartieran —aclaró el niño como si pensara en alta voz—, porque estoy casi seguro de que fue así.

—Pero, Ricky, ¿no te parece demasiada cosa por cincuenta míseros dólares?

—No, mi primo, aquí esa poca cantidad de dólares es una fortuna para los cubanos,

—Está bien, suponiendo que nos hayan estafado con cincuenta dólares como tú dices, no es razón para sospechar que Raciél tenga algo que ver con el robo de Shogún

—Es verdad, pero eso no es todo. El detalle más importante en el que he estado pensando es que Raciél nos mintió cuando dijo que no conocía a Tito Gourmet, porque, cuando nos despedíamos de ese señor en el cabaret, Tito me dijo: «Enseguida se lo digo a Raciélito si me entero de algo». Si es verdad que no se conocían, ¿cómo se lo va a decir? ¿Y por qué le dijo **Raciélito** con tanta familiaridad si no lo conoce?

—Sí, es raro eso... —Dante se quedó pensativo.

—Además, su afición por la música salsa, que concuerda con...

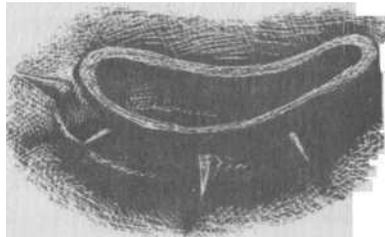
—¿Con qué? —Dante paró las orejas.

—No me hagas caso, primo, estaba pensando en voz alta. Mejor vamos a dormir, ya es tarde y tenemos que levantarnos temprano para seguir buscando a Shogún. Mañana es miércoles y la Exposición comienza el jueves.

Sin embargo, ninguno de los dos pegó un ojo en toda la madrugada. Ricky tratando de hallar una razón que justificara la presunta participación de Raciél en el robo del misterio, y Dante flotando en la nube rosada que la bella Longina le inspiraba.

Por eso, cuando Ignacio Sotolongo y su hija se levantaron a la mañana siguiente, los dos primos los esperaban impacientes en la sala, listos para salir nuevamente en busca de Shogún.

Después del desayuno, Ignacio se fue para su trabajo, no sin antes advertirles que no fueran a



meterse en problemas.
Pero en cuanto la puerta

se cerró tras sus espaldas, Ricky le dijo a Longina: —Prima, ¿cómo podemos hacer para ir a Guanabacoa?

—¿A Guanabacoa? —Longina se sorprendió—. ¿Quieres volver a ver a ese *babalao*, a pesar de que según tú un farsante?

—¡no es para ver al *paleto*, prima, sino para echarle un vistazo a la casa donde vive, porque tengo mis sospechas.

—Bueno, yo hoy no tengo clases hasta después del mediodía, así que puedo acompañarlos —dijo la hermosa muchacha, provocando que Dante mostrara una amplia sonrisa de complacencia.

Una media hora después viajaban en un taxi hacia el esotérico barrio. El chofer del vehículo se dirigió directo a la calle Independencia, una de las vías principales de Guanabacoa.

—¿Cuál es la dirección exacta? —preguntó el conductor del taxi.

Ricky sacó de un bolsillo su libretita de notas, la consultó y respondió:

—Es... el Callejón de los Padres.

—¿El Callejón de los Padres? —saltó Longina como si le hubieran activado un resorte—. ¡Ahí vive Raciel!

—¿Tú has estado en su casa, prima? —la interrogó Ricky con un destello en sus ojos, al mismo tiempo que provocaba en Dante una preocupación.

—No, nunca he venido, pero sé que esa es la calle donde vive. El ha querido traerme varias veces en su moto, pero yo le tengo miedo a esos artefactos, además de que Raciel es medio loco conduciéndola.

Dante suspiró aliviado por la respuesta de Longina, pero Ricky se interesó de inmediato:

—¿Raciel tiene una moto? ¿Por qué no la ha utilizado en estos días, si vive tan lejos del centro de la ciudad?

—Creo que tuvo un problema con el encendido o algo así... Yo no entiendo mucho de esas cosas.

—¡Ah! —hizo Ricky y sus ojos volvieron a destellar.

Pero ya doblaban por el Callejón de los Padres.

—¡Yo creo que es por aquí! —exclamó Dante al reconocer el sitio donde estaban.

—Déjenos en la esquina, por favor —le dijo Ricky al chofer.

Despidieron al taxi y los tres caminaron por el callejón mirando a ambos lados de las veredas.

—¿Cuál es el número de la casa? —preguntó Longina.

—No me fijé —le respondió Ricky—, pero es aquella casa recién pintada que tiene portal.

El trío llegó enfrente de la casa y Dante fue el primero en descubrir el número, situado en la fachada a un lado de la puerta de entrada:

—Es el setenta y siete B.

—¿El setenta y siete B?! —volvió a saltar Longina, nuevamente sorprendida—. ¡Ahí es donde vive Raciel! —afirmó.

Aun así, Ricky quiso comprobarlo:

—¿Por qué estás tan segura, prima?

—¡Porque lo he visto en sus documentos de identificación!

—Entonces —razonó el niño—, si esta ís la casa donde vive Raciel, El Albino tiene que ser un familiar suyo.

—Bueno —dijo Longina—, yo tengo entendido que él vive con un tío, porque sus

padres se fueron para Miami en una balsa.

—¿r~" tío será El Albino? —inquirió Dante. —IT..; lo más probable, primo —asintió Ricrky—, y ahora estoy más convencido de que Raciél, su tío El Albino y ese Tito Gourmet pueden estar involucrados en el robo de Shogún.

—Oye, primo, creo que se te ha ido ⁷⁴la mano —dudó el joven.

S —Dante, haz memoria... ¿no te acuerdas de lolque pasó ayer cuando ese *babalao* farsante nos consultaba?

I —¿A qué te refieres?

! —¡Al aullido que escuchamos cuando sr armó la discusión! .

—Bueno, esos eran los espíritus que se pusieron furiosos porque...

I —¡Qué espíritus furiosos de qué, Dante! ¡No seas tonto, ese aullido fue el mismo que le escuchamos a Shogitn cuando fuimos por primera vez a la casa de su antiguo dueño y creimos que era el chupacabras!

Y aunque Dante aún no estaba convencido de lo que decía su primo, la esperanza de poder recuperar a Su mastín napolitano le hizo preguntar:

¡ —¿Entonces tú piensas que mi Shogún pueda estar pn esta casa?

Ricky asintió con la cabeza y con expresión de convencimiento.

j—Si es [!] —intervino Longina, que se había

mantenido escuchando
opiniones de su primo-

—¡No perdamos
exclamó Dante con decisión
que acababa de decir la
mulata.

Antes de que Riel
reaccionar, el impulsivo joven
entró al portal y golpeó
do en la puerta.

Tras varios minutos
sin obtener respuesta, a pesar
Dante golpeó otras tres veces
aún, Longina comentó:

—Parece

—¡Esperen un momento!

—gritó Riky de repente,
al tiempo que se registraba
los bolsillos.

Al cabo de unos
segundos de expectación,
le mostró a Longina y
Dante algo que colgaba
entre sus dedos:

—¡Esto es lo que
estaba, buscando!

Cuando el joven
identificó el par de
maracas, dijo:

—¡Ese es el
llavero que se les cayó en
Varadero o a los que se
llevaron a mi Shogún!

—Sí —ratificó el niño—, y ahora mismo vamos
a comprobar si Riel y su tío fueron los que lo hicieron.

—Ten cuidado con lo



que haces tú ahora, primo... —fue Longina a alertarlo.

Pero ya Ricky probaba cada una de las llaves en la cerradura de la puerta de entrada a la casa de Raciél y El Albino, hasta que vieron, con sorpresa, que una de ellas entraba perfectamente en la ranura, sorpresa que aumentó cuando el niño la giró hacia la derecha, sonó un chasquido y la puerta se abrió.

—¡Yo sabía que este llavero podía ser la clave! —gritó contento por su sagacidad policial—. Y ese disco que te regaló, prima, y esa música que escuchamos aquí al entrar y esos instrumentos que adornan esta casa, más la amistad con un timbalero como Tito Gourmet, me llevaron a pensar que este llavero tenía que pertenecer a un fanático de la música salsa.

—¡No puedo creer que Raciél haya actuado con tanta deslealtad conmigo! —dijo Longina, afectada por la gran decepción recibida.

—¿Desde cuándo tú lo conoces, prima? —la interrogó el niño.

—Hace muy poco... tal vez un mes.

—¿Cómo lo conociste?

—Se apareció en mi casa preguntando por otra persona. Entonces se me quedó mirando y me preguntó si yo era Longina, la que estudiaba en el Instituto Superior de Arte. Yo le dije que sí y él me dijo que me conocía de vista, porque había estado dos o tres veces en el instituto para ver a un amigo que también estudiaba allí y mi cara se le había quedado grabada.

—Está bien lo de la cara grabada, ¿pero cómo sabía tu nombre?

—Esa misma pregunta se la hice yo, porque también me llamó la atención, pero me contestó sonriendo que se lo había preguntado a su amigo.

—¿No le preguntaste cómo se llamaba ese amigo?

—Sí, me dijo que él lo conocía por Wichi, porque así le decían en el barrio, pero que no recordaba su nombre.

—¿No te pareció todo eso muy raro, prima?

—¡Imagínate, Ricky! Ahora sí me parece muy

rara la circunstancia en que conocí a Raciél, pero en aquel momento no podía sospechar nada y le abrí las puertas de mi casa con el pretexto de la música. Tú sabes que la salsa a mí me encanta.

—¡Pues estoy seguro de que todo eso fue un plan perfectamente elaborado de antemano! — opinó Ricky, y abundó—: No sé cómo, pero se enteró de que veníamos con Shogún. Evidentemente se aprovechó de ti para obtener datos con el fin de robarse al perro. Y también para sacarte información sobre Dante⁷⁷ y dársela a El Albino para que éste la «adivinara» cuando vinimos a consultarnos.

—¿Pero por qué nos ayudó en la búsqueda, Ricky? —quiso saber Longina.

—Porque así nos alejaba de la verdad, entreteniéndonos y confundiéndonos con peleas de perros y con llevarnos a El Albino y a Tito Gourmet, sus cómplices.

—Lo que no entiendo es por qué El Albino nos mandó a ver a Tito Gourmet si éste nos iba a decir que no cocinó a Shogún. Con esa respuesta, El Albino quedaba como falso adivino, ¿no es cierto? —preguntó Dante.

—Sí, pero Tito Gourmet no fue categórico. Él me dijo que quizás sus hombres podían saber algo de Shogún. Además, la táctica de ellos era ganar tiempo y confundirnos en la investigación sin importarles nada.

—¿Estás seguro, Ricky? —dijo Longina.

—¿No lo ves claro, prima? ¡Ellos son Los Mataperros y caímos en sus garras!

La muchacha asintió con tristeza, pero Dante no le dio tiempo para hacer comentario alguno, cuando empujó la puerta para que se abriera de par en par y se precipitó hacia el interior de la casa.

—¡Voy a buscar a mi mastín!

El niño y la joven lo siguieron, atravesaron la casa en la que, efectivamente, no había nadie. Salieron al patio trasero, donde encontraron varias jaulas en cuyos interiores había toda suerte de aves de corral, como gallinas, gallos, patos y palomas, además de cabras, conejos y hasta un burro, en tanto en un estanque nadaban felices varias tortugas. Pero un enorme sentimiento de

contrariedad invadió a Dante cuando vio que entre todos aquellos animales no estaba su mastín.

—Primo, si ellos son Los Mataperros, ¿por qué aquí no hay perros?

—Porque si se dedican a robar perros para vendérselos a los peleadores, lo lógico es que casi nunca los tengan aquí, por si los pillan. Mejor es esconderlos por ahí, ¿no?

—¿Pero tú no dijiste que el aullido era de Shogún? Entonces, ¿por qué no⁷⁸ está aquí?

—Eso no lo sé, primo.

Apesadumbrados, comenzaron el regreso

a la sala, pero Longina le señaló a Ricky hacia un cobertizo de madera con techo de tejas plás n ¡ue estaba en un extremo del patio:

—Mira, esa es la moto de Raciél.

—No creo que haga falta, pero vamos a comprobar otra evidencia de que Raciél fue uno de los que se robó a Shogún en Varadero —dijo Ricky y fue hasta el cobertizo.

Una vez allí, probó las llaves del llavero con las maracas en el encendido de la moto, hasta verificar que otra de ellas le correspondía.

—¡Ese era el problema que tenía con el encendido de su moto! ¡Había perdido la llave! No hay duda alguna de que al menos Raciél intervino en el robo de tu perro.

• Longina miró a Dante con expresión de culpa.

—Tú no podías saber... —quiso decir el joven, pero un nudo se le atragantó en la garganta.

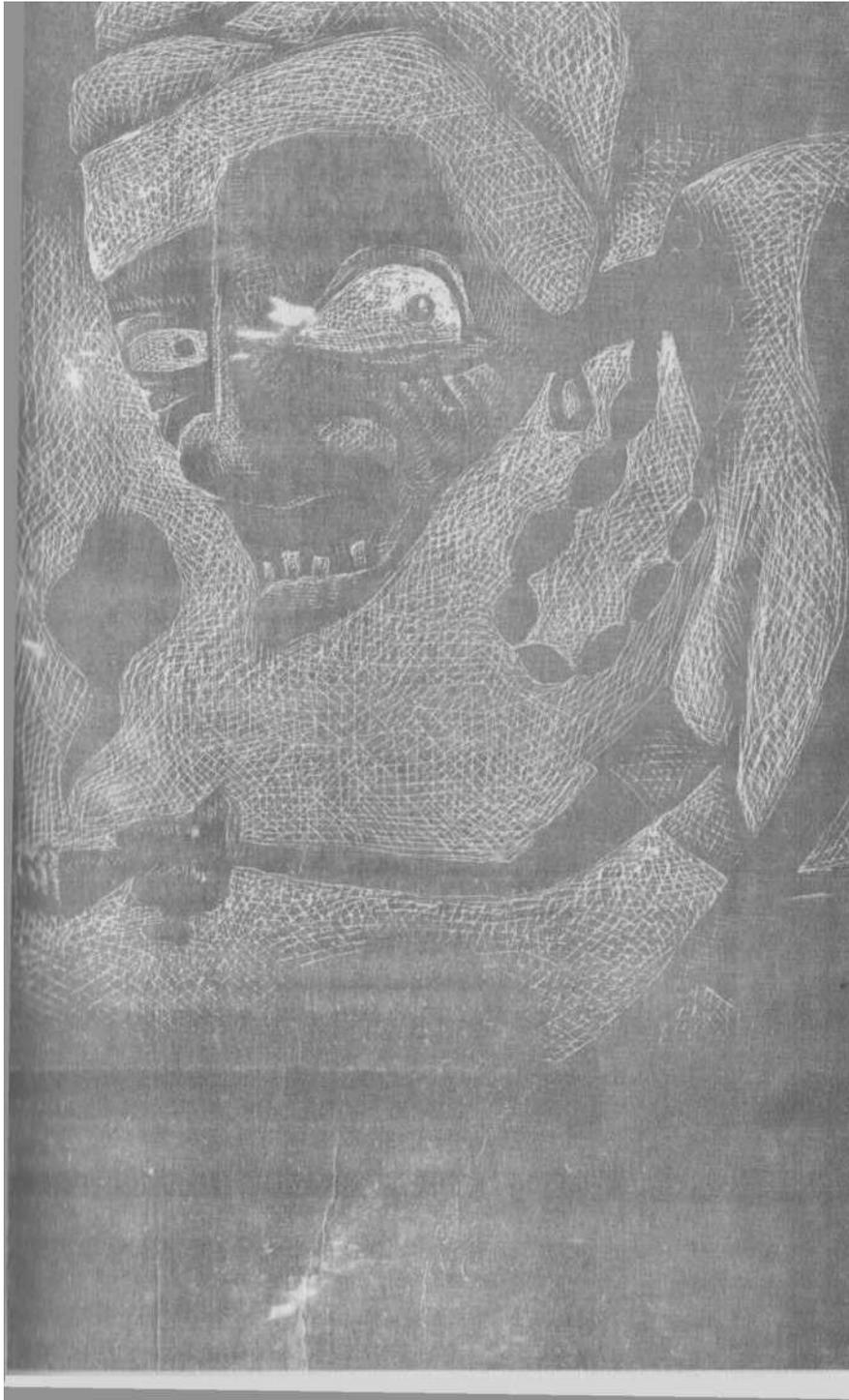
—Lo que no entiendo es para qué Raciél se lo robó —la muchacha se devanaba los sesos —aporque no lo quería para echar'o a pelear, ni para matarlo y cocinarlo...

—¡Seguramente que fue el australiano ese que lo contrató para que lo hiciera! —dijo Dante con rabia contenida.

—A lo mejor —comentó Ricky pensativo—, pero lo peor es que seguimos sin saber dónde está Shogún.

—Bueno —suspiró Longina—, aquí ya no hay nada que hacer y no olviden que yo tengo ciases después del almuerzo.

Los tres salieron cabizbajos de la casa, pero



cuando Ricky había acabado de cerrar la puerta con la llave, escucharon una gangosa voz que preguntó:

—¿Ustedes son familia de Raciél y El Albino?

Dante, Ricky y Longina se volvieron y vieron a una negra anciana con collares de semillas rojas en su cuello. Vestía de blanco, con un pañuelo del mismo color cubriéndole la cabeza y un habano en la mano. Los miraba desde la puerta de la casa de al lado.

—Sí... yo soy prima de Raciél... —se le ocurrió decir a Longina.

—Ellos no están ahí —dijo la arrugadísima mujer.

—Sí, ya nos dimos cuenta de que no hay nadie en la casa —sonrió la muchacha.

—Yo vi que se fueron bien temprano en una camioneta, cuando estaba oscuro todavía.

—¿No sabe usted adonde fueron, abuela? —le preguntó Ricky, esperanzado.

—Yo no oigo muy bien, pero me pareció que hablaron algo de que tenían que llevar un perro a Varadero. ¡Nada más que al loco de Raciél y a su tío se les ocurre llevar tan lejos a un perro para bañarlo en la playa! —expresó la vieja y dejó escapar una risa cascada.

—¿Oíste eso, Ricky? —se iluminó el hasta ese instante apesadumbrado rostro de Dante.

—¡Claro que oí, primo! ¡Tenemos que irnos lo más pronto posible para Varadero!

Dog McKenna

82

El niño y la pareja de jóvenes regresaron lo más rápido que pudieron a la casa de la familia en Habana Vieja y, mientras Ricky y Dante recogían en sus mochilas las pertenencias que se llevarían a Varadero, intercambiaron criterios sobre lo sucedido hasta ese instante.

—¡Deja que yo le ponga las manos encima al australiano ese! —bramó el joven enfurecido,

—Las sospechas lo señalan como el instigador de todo —dijo Ricky—, pero hasta ahora no tenemos ninguna prueba de que haya sido él quien contrató a Raciél y los otros Mataperros para que lo hicieran,

—¡Y dices tú que yo soy el ingenuo, Ricky! —protestó Dante golpeándose el pecho con sus manos—. ¡Si desde que llegamos a Varadero ese tipo ha estado detrás de nosotros para que le vendamos a Shogún!

—Sí, eso es verdad —le rebatió el niño con muy buen juicio—, pero si ese australiano estaba tramando robarse a Shogún y ya había venido hasta La Tabana a contratar a Los Mataperros, ¿para qué su insistencia en comprarte al mastín?

La interrogante dejó a Dante desarmado y

pensativo por unos segundos, pero al cabo respondió:

—¡Lo hizo para despistar!

—Es posible, pero sigo teniendo mis dudas.

—Bueno, yo estoy listo —dijo Dante colocándose la abultada mochila a sus anchas espaldas.

—¡No pueden irse así —advirtió Longina—, esperen a que llegue mi papá!

—No podemos perder tiempo, prima —replicó Ricky—, A lo mejor, a estas horas están embarcando a Shogún en un avión para sacarlo de Cuba.

—¡Pero si el australiano ese dijo cuando lo vimos en *El Cocotero Azul* que no regresaba a su país hasta el sábado!

—Eso fue lo que dijo —terció Dante—, ¿pero y si lo hizo para desinformarnos?

—Aun así, es peligroso que ustedes se vayan solos a enfrentar quizás a delincuentes internacionales —dijo la hermosa muchacha con temor en su mirada—. Además, yo le avisé por teléfono a mi padre en cuanto llegamos de Guanabacoa y me dijo que venía enseguida, por lo que debe estar por llegar.

—No, prima, cada minuto que perdamos puede ser fatal —dijo Ricky, y también se colocó su mochila a la espalda, agarrando después su pelota de baloncesto.

Longina estaba angustiada porque no los podía detener, pero cuando ya se disponían a salir se abrió la puerta de entrada a la casa y apareció Ignacio Sotolongo un tanto agitado:

—¿Qué van a hacer, muchachos?

—Nos vamos para Varadero, tío.

—Longina me contó a grandes rasgos lo sucedido y me parece que ustedes no deben irse solos a enfrentar a esos individuos. Además, ¿en qué se van a ir para allá?

—Íbamos a buscar un taxi, tío.

—No hace falta —decidió Ignacio Sotolongo—,

vamos - pedir uno por teléfono y, en lo que llega —se dirigió a su hija—, echa en un maletín lo que necesitamos para acompañarlos a Varadero.

Al escuchar aquellas palabras de su padre, el rostro de Longina resplandeció y corrió alegremente a cumplimentar el pedido, mientras Dante también esbozaba una sonrisa de satisfacción y dicha por la posibilidad de compartir la aventura con la mucha

Dos horas después el taxi en que viajaban Ricky, Dante, Longina e Ignacio, aminoraba la marcha al pasar el puente levadizo que daba acceso a la península de Hicacos, donde estaba la espectacular playa de Varadero. El chofer les preguntó:

—¿Adonde los llevo?

—¡Al parque Josone! —dijo Dante enseguida.

—¡No —opinó Ricky consultando a su reloj de pulsera—, son casi las dos de la tarde y a esta hora deben estar todos en el hotel!

—¿Cuál hotel? —volvió a interrogar el taxista.

—El *Sol Palmeras* —contestó el niño.

Se necesitaron muy pocos minutos para que la comitiva se bajara del taxi frente a la entrada de la instalación hotelera.

—¿Qué piensan hacer, muchachos? —quiso saber el tío de Ricky.

—¡Voy a buscar al australiano ese! —respondió

Dante, y marchó decidido al interior del hotel.

Pero no tuvo que indagar mucho, pues ⁸⁵ en cuanto entró al vestíbulo vio a la persona que buscaba salir de uno de los ascensores y se dirigió directamente al abordaje:

—¡ Devuélvame a mi perro, australiano maldito!

—¡Ah! —se sorprendió el hombre de cara rojiza y marcas de granitos—, ¿Qué Danta? pasarle ; desgraciado! le mí!

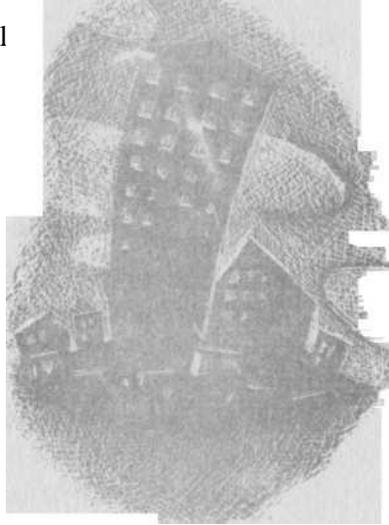
—¡Danta será su abuela, ¡Devuélvame a Shogún o no respondo — onfundida *fur* Yo creer que Danta estar *me...* —dijo el australiano perplejo,

—¡No se haga el loco, que yo sé muy bien que fue usted el que planeó el robo de nv mastín! ¡Y si no me dice pronto dónde o tiene, usted - a a pasarlo muy mal! —bramó el joven amenazante.

Mientras tanto, varios huéspedes ¹ picados del hotel se habían aproximado ai escuchar la discusión, entre ellos algunos de ios r pantes en la Exposición que habría de iniciar sus cuatro jornadas de competencia a partir del día +

También ya estaban allí Pdck/, Longina e Ignacio Sotolongo, quienes no lograban controlar a Dante.

—Tú ser muchacha loca . trataba de



explicar el australiano en su desastroso español—, yo no tener nada que ver con robada de tu perra...

—¡Perra nada, que mi Shogún es muy macho! —se exaltaba el joven cada vez más, y a duras penas el niño, su prima y tío conseguían evitar que le fuera encima "1 hombre.

—¿Qué está pasando aquí? —intervino el subgerente del hotel, un mulato altísimo y de anteojos, seguramente avisado por los empleados.

—¡Que este sinvergüenza se robó a mi perro! —el joven señaló al perplejo australiano con su índice acusador.

—¡Usted está cometiendo un grave error, joven! —dijo de pronto un hombre que se abrió paso entre los curiosos.

—¡No es ningún error —se volvió Dante hacia el que había hablado—, yo estoy seguro de lo que digo!

Pero el hombre ya había llegado junto al impetuoso joven y, poniéndole una mano en el hombro, le habló con una sonrisa:

—Me temo que está equivocado, amigo. ¿Sabe usted quién es este señor? —hizo un gesto de barbilla hacia el australiano.'

—¡Sí, un ladrón internacional de perros! —espetó Dante sin pensarlo mucho.

—Nacía de eso. El señor Dog McKenna no puede ser, ni remotamente, eso que usted dice —agregó el hombre.

—¿Ah, no? —expresó el joven con incredulidad—. ¿Por qué no puede ser?

—Por que el señor Dog McKenna es una de

las personalidades más prestigiosas e importantes de la Federación Cinológica Internacional y ha venido a Cuba para supervisar la Exposición que comenzará mañana en el parque Josone —aclaró.

Dante se quedó un instante mudo, pero enseguida volvió a la carga:

—¿Y por qué insistió tanto en comprarme mi mastín napolitano?

87

—Porque el señor McKenna, además de la responsabilidad que tiene ante la Federación Cinológica Internacional, es uno de los mejores criadores y conocedores de mastines napolitanos en el mundo. De modo que si le propuso a usted comprarle a su perro, intérpretele como un reconocimiento sobre su calidad. Pero de ahí a que al señor McKenna vaya a robarle su mastín... —dijo con una sonrisa el señor Hugo Castillo, conocido periodista venezolano de temas caninos y que había intervenido en el altercado.

—Bueno... yo... no sabía que... —Dante quedó desarmado y se le bajaron los humos.

—Bien —terció el subgerente del hotel—. Creo que se impone ahora i na disculpa suya al señor Dog McKenna y aquí no ha pasado nada.

El joven de Pirque, avergonzado, bajó la cabeza, balbuceó sus disculpas al australiano y las aguas retornaron a la normalidad, aunque los rostros de Ricky, Longina, Ignacio y el propio Dante expresaron ahora su derrota.

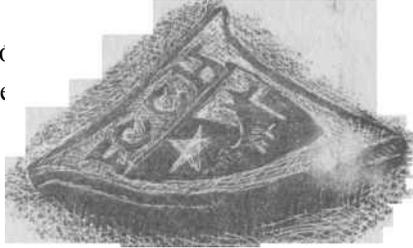
—Ya no podré recuperar a mi perro —musitó Dante con tristeza—. ¡Sabe Dios dónde esté ahora!

—Lo siento, primo —dijo Ricky abatido—, hice todo lo que pude, pero esta vez fallé.

—¡Todo por dejarme engañar por ese sinvergüenza de Raciel! —volvió Longina a lamentarse.

—¡A mí nunca me gustó ese muchacho! —aprovechó Ignacio para soltar algo que parecía haber tenido dentro desde hacía tiempo.

Ricky se pegó a su prima rodeándola con sus brazos para demostrarle apoyo y consolarla. Dante hizo también un gesto de acercarse a la muchacha, lo que hizo que Ricky tratara de separarse y dejarle el campo libre a su primo, pero el movimiento que realizó fue detenido por un brusco tirón provocado por un distintivo de la Federación Cinológica de Chile que Ricky tenía colgado en su camiseta, al enredarse con el vestido de Longina.



—Es como el distintivo que Dante le regaló a Raciel —dijo la joven, zafándose con cuidado de su vestido y observándolo de cerca.

—¿Qué distintivo yo le regalé a Raciel? —la miró el joven frunciendo el ceño—. ¡Y¹ no le he regalado nada a ese tipo!

Al escuchar aquella afirmación de su primo, el rostro de Ricky resplandeció, brilló una luz de esperanza en sus pupilas y dijo:

—¿Estás segura que es el mismo distintivo, prima?

—Claro —contestó la joven—, me fijé en el logo y en los colores de la bandera de Chile, que son los mismos de la nuestra.

—¡Espérenme un momento, que voy a averiguar una cosa! —dijo Ricky.

—¿Adonde vas? —preguntó Dante sin entender.

Pero ya el mnu *cc^l* hasta la recepción del hotel. Allí lo vieron conversar clarante unos minutos con el recepcionista y después .:on un mozo de equipajes, para enseguida regresar también corriendo junto a sus familiares.

—¡Tío, usted y Jongina avísenle a la policía y llévenla para el aeropuerto internacional de Varadero! ¡Y tú, Dante, ven conmigo, que todavía tenemos tiempo de recuperar a Shogún!

Nelson Estay

En a una mesa en la cafetería del aeropuerto internacional de Varadero, Nelson Estay, Bebo DXI . £1 Albino, Tito Gourmet y Raciel disfrutal . . ; cervezas y charlaban animadamente, cuándo ■ ‘ último alzó la cabeza para empinarse un so¹, bo a dos figuras conocidas que venían directamente hacia ellos.’

— ¡Qué bucen estos dos aquí! —exclamó sorprendido, ; endo que los otros dirigieran sus ojos hacia donde el joven tenía clavada su mirada.

—Mira a ver cómo te los quitas de encima —le dijo Nelson entre dientes y con frialdad—, porque no nos conviene un escándalo en este lugar.

Repo .meóse de la primera impresión, Raciel se puso de pie y fue ai encuentro del dúo tratando de esbozar una sonrisa que no le salió muy bien, a la vez que saludaba:

O.- sorpresa, ustedes por aquí! ¿Se van de viaje? — preguntó a manera de chiste.

—No — le dijo Dante con una expresión en su rostro que no presagiaba nada bueno—, vinimos para esto...

nando la frase, palanqueó su brazo derecho i: o- y lo descargó en el rostro de Raciél, quien cayó sentado y rodó por el pulido piso hasta tropezar sus escaldas con unas sillas.

Al ver aquello, El Albino se levantó y fue en defensa de su sobrino, pero Dante lo recibió con un puñetazo en el pecho, que I., volvió a sentar, aunque esta vez sobre las piernas de BeDo D'Chapelle, quien se lo sacudió de encima con repugnancia.

Ahora fue Tito Gourmet quien intentó atacar a Dante por la espalda, mas Ricky estaba atento con su inseparable pelota de baloncesto entre sus manos y la hizo picar con fuerza sobre el piso, como si fuera un rápido pase por abajo, de manera que el balón, al rebotar bruscamente, le negó a traicionero atacante en sus sensibles partes bajas, por lo que Tito no tuvo otra alternativa que llevarse las manos a la zona afectada y retorcerse en el piso por el dolor.

—¡Ustedes se han vuelto locos! —exclamó Nelson Estay, y trató de imponer respeto con su fuerte carácter.

—¡No, señor —le dijo Dante mirándole a la cara—, fue usted a quien la ambición volvió loco!

—¡Más respeto, joven!

¿Cómo se atreve? ,

—el funcionario de la Federación Cinológica de Chile se hizo el ofendido.

—Usted no merece ningún respeto después de lo que hizo,

señor —le dijo Ricky.

91 *i*

—¡Y usted se calla, mocoso, que estoy hablando
con las personas mayores!

^

—Mi primo tiene razón, señor Estay, una*
persona tan baja y traicionera como usted no puede* exigir
respeto —le espetó Dante.

—¡No se equivoque conmigo, porque...! —
masculló el hombre con insolencia e hizo intención de dar
un paso hacia Dante.

Pero el joven lo esperó a pie firme y le di jo **j** sin
inmutarse:

—¿Porque qué, señor Estay? ¡Si lo que estoy es
desesperado porque usted intente algo para darle I su
merecido!

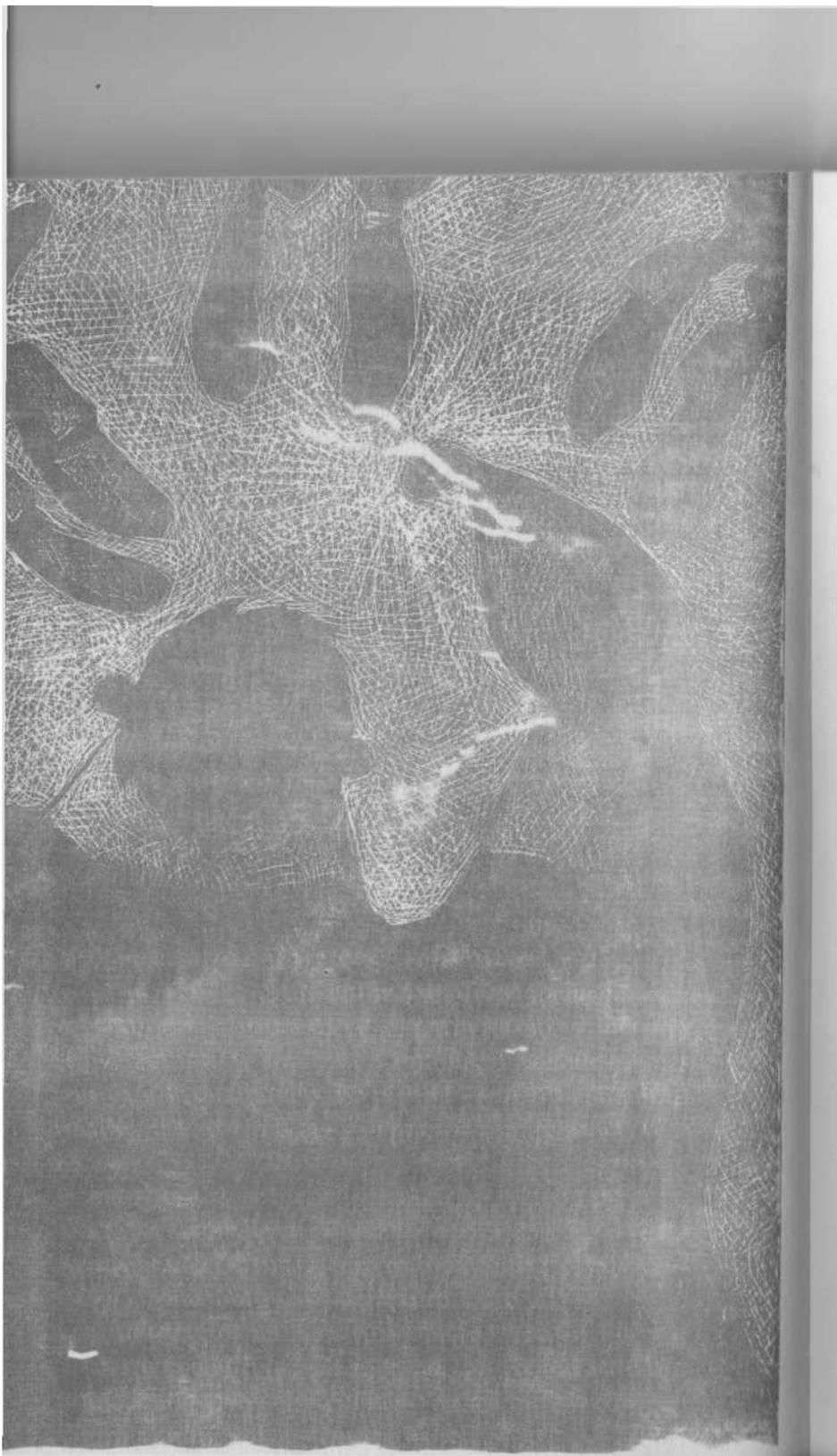
Viendo que no tenía posibilidades frente al
atlético joven, el funcionario de la Federación £ Cinológica
de Chile se volvió hacia su colegajji presidente de su
similar en Cuba, Bebo D'Chapelle, quien se había
mantenido observando el desarrollo de ? los
acontecimientos sin siquiera hacer el intento de levantarse
de su silla: ;

—¡Haz algo, Bebo! —casi suplicó.

En ese momento, Raciél, El Albino y Tito
Gourmet se abalanzaron al mismo tiempo sobre Dante que
cayó ?! suelo envuelto en un enredo de brazos. La masa
compacta de cuernos rodó por la cafetería. Es que no era
fácil reducir a Dante, que con su fuerza, su enojo y con el
poder de la razón de su parte, luchaba con más energía que

sus contrarios. De repente, los tres hombres salieron despedidos hacia atrás, en medio de un grito de Dante, que se incorporó. Antes de que se repusiera El Albino, que fue el que más cerca quedó, el joven chileno le lanzó una patada en el

v'
*



pecho que, con el impulso hacia atrás, hizo que el falso *babalao* se proyectara de espaldas sobre el ventanal que limitaba la cafetería con la pista del aeropuerto, haciéndolo añicos, y su cuerpo fuera a parar del otro lado.

En tanto, Tito Gourmet amenazaba a Dante con una silla por detrás, cuando avisado por Ricky, el cartero de Pirque se volvió, logró evitar el golpe y acto seguido se agachó un poco, tomando al músico cubano por pies y manos y lanzándolo hacia la pista, por el mismo ventanal destrozado.

Raciel, por su parte, al ver sorprendido la tremenda fuerza y habilidad de Dante, corrió él mismo hacia el ventanal y se lanzó de cabeza hacia fuera, provocando la risa de algunos curiosos que se habían acercado.

—¡Haz algo, Bebo! —repitió Estay gritando.

—¡Lo siento, Nelson! —declinó el cubano—. ¡Esa es una pelea entre tú y ese joven! ¡Y yo entre chilenos no me meto!

—¡Qué cobarde eres, Bebo D'Chapelle! —le recriminó Nelson Estay con desprecio.

—Y si tú eres tan valiente —le replicó el aludido en tono de burla desde su cómoda posición en la silla—, ¿por qué te arratonaste frente a ese joven?

—No es miedo, es que yo soy extranjero y... • —trató de justificar su proceder.

—¡Sí, un extranjero arratonado! —continuó Bebo con su burla.

—No te hagas el listo, Bebo, que a ti tampoco te conviene este escándalo —le advirtió Estay—, ¡Puedes salir malparado cuando se enteren de que tú eres el jefe de Los Mataperros!

El presidente de la Federación Cinológica de Cuba se puso ahora muy serio y optó por callarse, pero en eso Ignacio Sotolongo y Longina hicieron su entrada en la terminal aérea, acompañados por varios policías.

Al verlos, Bebo D'C. apelle se puso inmediatamente de pie y fue al encuentro de los agentes del orden público:

—¡Qué bueno que llegaron, policías! ¡Miren —señaló a Dante—, arresten a este joven que ha agredido a mis

amigos!

Y como los policías no hacían nada, el funcionario de la Federación Cinológica de Chile se acercó y dijo:

—Miren, yo les voy a explicar lo que ha pasado aquí.

El oficial que venía . trente lo miró con fijeza y le preguntó:

95

—¿Usted quién es?

—Yo soy funcionario de la Federación Cinológica de Chile y vine para...

—No es necesario que nos explique nada, señor....

—lo interrumpió el agente del orden—. Nosotros tenemos conocimiento de lo que ha pasado aquí. ¿Dónde está el perro?

Nelson Estay palideció, miró indistintamente a Bebo D'Chapelle, a Dante, al oficial de policía y balbuceó:

—¿El... pe... perro? ¿Cuál perro?

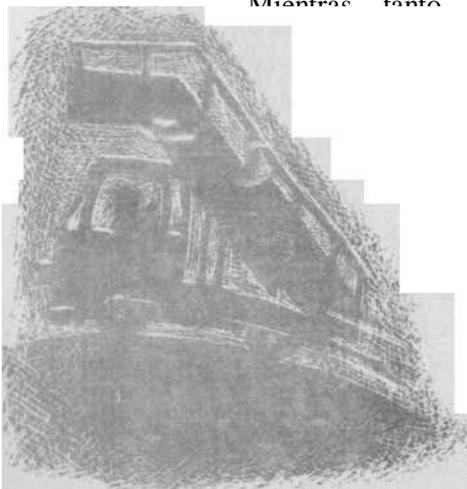
—El que ustedes le robaron a este joven —respondió el policía sin rodeos y señaló- a Dante con un movimiento de barbilla.

—Yo no... aquí debe haber una confusión...

—Debe estar entre la carga para el vuelo que sale dentro de una hora para Chile —intervino Ricky consultando a su reloj de pulsera—, si no es que ya lo subieron al avión.

—¡ Vamos a ver eso, muchacho! —dijo el oficial y dio órdenes a los policías que lo acompañaban para que se hicieran cargo de Nelson y Bebo, así como de Raciél, El Albino y Tito, que estaban del otro lado del ventanal, siguiendo los acontecimientos con atención y con dolor por la paliza que les propinara Dante.

Pero como si se hubieran puesto de acuerdo, de repente los cinco hombres emprendieron una aparatosa huida por el aeropuerto. Bueno, en realidad sólo fueron tres, porque a los más viejos enseguida los capturaron, ya que Ricky sacó de su mochila su pelota, juntó sus pies, besó la palma de su mano derecha, llevó sus brazos por encima de su cabeza y la lanzó con todas sus fuerzas hacia el techo, pegándole a una enorme lámpara que cayó a los pies de los dos hombres, lo que hizo que éstos se detuvieran y les diera tiempo a los policías para reducirlos.



Mientras tanto el resto de Los
 s haM* logrado subir
 o de esos que | llevan las escaleras hasta la
 l avión y salían del
 ropuerto a la vista de
 s. Tomaron la
 ertura hacia la ciudad
 de Matanzas, en
 dirección contraria a

Varadero, provocando el asombro de los conductores de los vehículos que transitaban normalmente en ambos sentidos. Era muy gracioso ver a ese carrito con aquella escalera tan ai\adosada atrás, huyendo a toda la velocidad que pudL..., es decir, a 20 kilómetros por hora.

No habían avanzado ni un ! ilómetro cuando de ambas direcciones se aparecieron varios autos patrulla que interceptaron a los fugitivos. Entonces, Raciél, El Albino y Tito Gourmet se bajaron del carrito con las manos en alto, llorando y pidiendo perdón, yendo hacia la policía en cuatro patas, como sumisos perritos. Eso les dio mucha risa a Ricky y Dante, que los vieron desde uno de los autos patrullas. La alegría de los muchachos era indescriptible, pues ni se imaginaban, cuando en Chile hacían los preparativos del viaje, que iban a disfrutar de esa aventura.

Al regresar al aeropuerto, luego de que el oficial de policía conversara brevemente con un también oficial de aduanas, la comitiva, a la que ahora se le habían sumado Longina e Ignacio, se dirigió al centro de carga de la terminal aérea, donde pronto divisaron un kennel o jaula para perros entre bultos y maletas.

En cuanto el mastín apenas olfateó a su legítimo dueño, lanzó un potente aullido que estremeció el recinto e hizo exclamar a Dante:

—Jesús, María y José! ¡El chupacabras!

—¡¿Qué chupacabras, primo?! —rió Ricky—. ¿No acabas de reconocer el aullido de tu mastín?

—¿Está en esa jaula el animal que buscan? —preguntó el oficial de policía, un tanto impresionado por el aullido.

—¡No lo dude, señor policía —respondió Ricky alborozado—, ahí está nuestro Shogún!

—¿Y no es peligroso? —preguntó el oficial con temor.

—No, señor policía —ahora fue Dante quien le respondió—, Shogún es el perro más noble del mundo, ya verá usted.

Llegaron junto al kennel, dentro del cual el mastín se movía inquieto ante la presencia de su joven dueño, pero Ignacio enseguida advirtió:

—La jaula está cerrada con un candado.

—Vamos a tener que buscar una herramienta para abrirlo —dijo el oficial de aduanas rascándose la cabeza.

—Espere —lo detuvo Ricky sacándose la mochila de su espalda. Buscó durante unos segundos dentro de ella y al cabo sacó el conocido llavero con las maracas, que entregó al aduanero—. Mire si alguna de estas llaves le sirve a ese candado y quédense con ellas como prueba de la culpabilidad de esos individuos.

Como el niño esperaba, una de las llaves abrió el candado y pronto Dante abrazaba alegremente a su mastín napolitano, que no se cansaba de pasarle la lengua por la cara y babearlo de pies a cabeza.

—Oye, primo —le dijo Ricky al oído—, si dejas que Shogún te siga babeando de esa manera, Longina ni se te va a acercar.

Dante se puso muy serio y no dijo nada, pero no podía evitar la efusiva demostración de alegría del mastín por el reencuentro.

Luego de los trámites de rigor, Dante presentó los documentos y enseñó a las autoridades el número tatuado en la oreja de Shogún, que demostraba su legitimidad como dueño del perro, por lo que le fue entregado oficialmente el animal. Después, regresaron al salón donde los demás policías mantenían a buen recaudo a lúo dos funcionarios de las Federaciones implicadas en el robo.

—¿Ahora qué va a pasar., oficial? —le preguntó Ignacio Sotolongo al policía.

—Ahora van a tener que venir ustedes con nosotros a la estación para formalizar la denuncia de los cubanos implicados, de manera que nosotros iniciemos una investigación a fondo, interroguemos a los detenidos y

establezcamos la responsabilidad penal de cada uno de ellos.

—¿Y qué van a hacer con Nelson Estay? — preguntó Ricky—. ¡Porque ése fue el instigador de todo!

—Como es extranjero —explicó el oficial—, lo que haremos es informar lo ocurrido a las autoridades chilenas y avisarles el vuelo en que lo devolveremos a ese país, para que vayan a recibirlo e inicien allá el correspondiente expediente penal en su contra por los actos delictivos cometidos. Yo supongo que le aplicarán una pena severa, pues, además del acto criminal, ha puesto en tela de juicio el prestigio de los funcionarios de Chile, ¿no les parece?

—¡Así mismo es! —exclamó Dante complacido, sin dejar de acariciar a su perro.

Al oscurecer del miércoles, después de haber firmado el acta de denuncia en la estación de policía de Varadero, Ricky, Dante, Longina e Ignacio disfrutaban de unos helados en una cafetería al aire libre.

—Ahora tienes que explicarme, primo —le dijo Dante a Ricky—, cómo supiste que estaban a punto de llevarse a Shogún en avión para Chile y que era Nelson Estay el que estaba detrás de todo el complot para robármelo.

—Por el comentario que hizo Longina —respondió el niño con naturalidad.

—¿Comentario? —saltó la muchacha—. ¿Cuál comentario hice yo?

—El del distintivo de la Federación Cinológica de Chile que ie habías visto a Raciél y que Dante aseguró no haber sido él quien se lo regalara —explicó Ricky—. Entonces pensé: si Dante no fue quien se lo regaló a Raciél, tuvo que haber sido otro chileno relacionado con los perros. Por eso fui a la recepción del hotel a preguntar cuántos chilenos habían sido inscritos para participar en la Exposición que comienza mañana, y me respondieron que solamente nosotros tres, es decir, Dante, yo y Nelson Estay.

—Ya veo —dijo Ignacio Sotolongo—. Si no fue ninguno de ustedes dos quien le dio el distintivo a Raciél, entonces tuvo que haber sido ese señor Estay, lo que al mismo tiempo dejaba por sentada «•» relación con ese sinvergüenza que se aprovechó de mi hija.

—Pero eso r e explica todavía cómo supiste que estaban a punto de llevarse a Shogún por el aeropuerto de Varadero —insistió Dante.

—Eso fue fácil, primo. Al quedar claro que fue Nelson Estay quien contrató a Los Mataperros para robarse a Shogún, enseguida pregunté por él y me dijo el recepcionista que hacía un rato había abandonado el hotel, pero que mejor le preguntara

al maletero que le llevó el equipaje hasta el taxi. Así lo hice, y por el mozo de equipajes supe que había ido para el aeropuerto de Varadero, pues volvía a Chile en un vuelo charter que había venido con turistas y regresaba a ese p.*í:

tres horas después.

¡Vaya —exclamó Longina sin ocultar su

100

orgullo—, tengo a Sherlock Holir e ;:n la familia!

—¡Sí —rió Ignacio—, mi solo, ■> va a ser un

gran detective!

— ¡O tñl

—apuntó Dante, agr
bromista profesional!

—Me gusta decidirme
por una de

—¡Pues te de
con alegría.

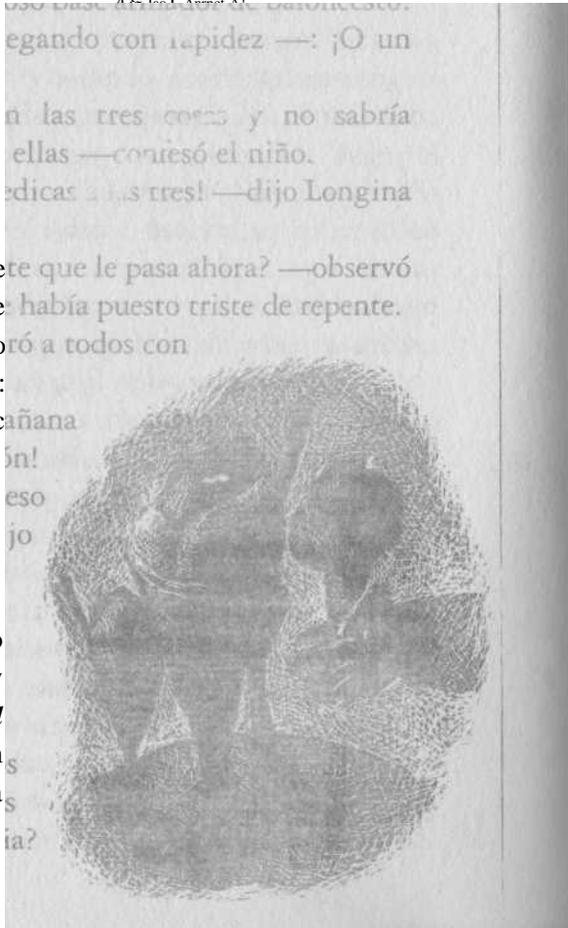
—¿Eh, y a és Ricky que
su primo se

Dante los mi desaliento
y exclamó: —¡Es que m:
comienza la Expositic

—Sí,
lo sabemos —di

Ricky—. ¿Y qué?

—¿No
recuerdas que cuando
vimos a Nelson Estay y
a Bebo D'Chapelle en *El
Cocotero Azul* no dijeron
que estábamos hieira de la
competenc



Shogun

Sentados en el lobby del hotel, y cuando el pesimismo y la desesperación los comenzaba a invadir, sonó una voz conocida a sus espaldas.

—¿Pero qué hacer Danta aquí?

—¡Hola, míster! —saltó el joven chileno—. Estamos esperando a algún funcionario para pedirle que nos deje participar en la competencia.

—¡Pero *me* encargarse de eso! ¡Ya eso estar acordonado!

—Acordado querrá decir —aclaró Ricky.

—¡Eso misma! ¡Danta y su perra Yogourt estar de nuevo campeonando!

—Lo de Danta se lo acepto, pero el perro se llama Shogún y no Yogourt, señor Máquina.

—McKenna —rectificó el australiano.

—¡Ah! ¿Usted puede hablar mal y yo no?

—No entiendo, Ricky —habló Dante—, ¿qué dice él?

—¡Que puedes competir con tu perro, primo! —y ambos saltaron de alegría.

Después de llevar a Shogún al parque Josone y terminar la cena de celebración en el hotel, donde casi toda la conversación giró en torno a las aventuras vividas, el grupo decidió caminar un poco por la arena. Bajo millones

de estrellas, el ruido del mar y la brisa refrescante, el paseo prometía ser inolvidable. Sobre todo para Dante, que incubaba otras intenciones. Por eso, antes de salir del hotel se dirigió a su primo con un guiño compila •

—¿No quieres acompañarme al baño un minuto?

Y cuando estuvieron dentro, a resguardo de las miradas y los oídos de Longina y su padre, el joven asió por los hombros a Ricky implorándole:

—¡Por favor, primo, quiero aprovechar el paseo para declarármele a Longina! ¡Y necesito un consejo tuyo!

—¿Aconsejarte yo sobre ese tema? ¡Pero si yo no tengo experiencia en jso, Dante!

—¡Me refiero a que me digas cómo se declaran los cubanos para hacer las cosas bien, Ricky!

—¡Ah, ya te entiendo! —y el niño pensó un poco antes de responderle—. Mira, en este país, primero los hombres le dicen a sus enamoradas: *estoy metido contigo como un caballo*, ¿te acuerdas que te lo había dicho?

—Sí, me acuerdo, pero qué más...

—Lo segundo es decirle con pasión: *para mí, eres una yegua cargada de tibores*.

—¿Y eso qué significa, primo?

—Esa frase quiere decir que tú la admiras, más que como mujer, como una diosa envuelta en flores.

—¡Qué raro hablan los cubanos...! Pero bueno, eso le diré con tal de quedar bien.

—Dalo por hecho, Dante. Vas a quedar como un príncipe.

Salieron del baño y fueron para la playa. Dante se adelantó con Longina para dejar bien atrás a su primo con Ignacio. Todos se quitaron los zapatos y caminaron descalzos por la arena, bordeando la parte húmeda que dejaba el regreso de las pequeñas olas.

—Tío —comenzó el niño la conversación, después de contemplar un rato en silencio el oscuro pero maravilloso paisaje—, es probable que Dante le pregunte por mí en unos minutos, yo voy a irme ahora hasta el parque Josone para darle las últimas instrucciones a Shogún.

—¿A esta hora, hijo?

—Sí, tío, es necesario para que Shogún pueda ganar mañana. No me esperen y váyanse a dormir. Y, por favor, no le diga a Dante dónde voy a estar, porque le tengo una sorpresa para mañana.

—Está bien. Pero no te demores tanto.

—Sí, tío.

—¿No te vas a despedir de él y de Longina?

—No, déjelos en su romance.

—Sí, parece que ambos se gustan y eso me agrada, porque Dante es un buen muchacho.

—Es lo mejor que le puede pasar ° Longina, tío.
¡Chao!

El niño se apuró en llegar hasta la calle, pero antes de irse al parque Josone se escondió detrás de una palmera para observar a la pareja de lejos.

No tuvo que esperar mucho.

De repente, la joven se detuvo y, con las sandalias que llevaba en sus manos, le pegó con todas sus fuerzas a Dante en la cabeza y regresó al hotel. ¡El joven, sorprendido, se quedó allí frotándose el cráneo

con sus manos, como si con ello fuera a eliminar el dolor producto del cachiporra de la muchacha.

Muerto de la risa, Ricky se dirigió al parque Josone para preparar mejor a Shogún para la competencia.

—¿Qué le pasó a mi hija? —preguntó Ignacio al acercarse rápidamente a Dante.

—No sé, señor —respondió el joven—. Le declaré mi intención como me dijo Ricky y ella reaccionó así.

—¿Qué te dijo ese loco de mi sobrino? —quiso saber Ignacio, sospechando algo.

—Que le dijera que para mí *ella era una yegua cargada de tibores*.

—¡Pero, Dante! ¡Eso es un insulto!

—¿Cómo?!

—¡Claro! ¡Decirle yegua a una mujer es muy despectivo!

—Pero Ricky me dijo...

—¡Y decirle lo otro es peor! ¿Tú sabes lo que significa *tibor*?

—No, pero es como una flor me dijo Ricky, ¿no?

—¡*Tibor* quiere decir orinal, bacinica!

—Jesús, María y José! ¡Le falté el respeto a su hija! ¡Por eso se puso así! ¡¿Dónde está ese



desgraciado de mi primo?! ¡Lo mato!

—No te preocupes por él, hijo —trató de calmarlo el hombre—. Ya se fue.

—¿Para dónde fue?

—No sé, no me dijo —mintió Ignacio—. Pero ahora lo importante es hablar con Longina y aclararle todo. Yo me ocupo, ven conmigo.

Fueron a buscar a la joven y cuando la hallaron, después de un rato de resistencia, al fin el padre pudo hablarle y resolver la situación. Dante pidió disculpas y todo acabó en risas y comentarios sobre el historial de bromas del chiquillo. Como siempre sucedía, a Dante no le duraba mucho el enojo con su primo. Para más dicha, la hermosa mulatita, al final aceptó ser la novia del orgulloso y feliz chileno.

A la mañana siguiente, casi ni se habló del suceso en la playa, porque toda la atención estaba puesta en la competencia canina.

Un caliente sol con pocas nubes y una débil brisa venida del mar era el marco de aquella alegre mañana en el parque Josone, donde comenzaron a arribar desde muy temprano los competidores, el personal técnico y el público que fue llenando e¹ graderío para disfrutar del evento.

Dante, con su Shogún y acompañado de Longina e Ignacio, recibía muchas felicitaciones y comentarios favorables de parte de casi todos los participantes sobre las condiciones de su mastín, por lo que sus esperanzas de ganar la Copa cada vez se iban haciendo más fuertes. Y si a eso se le agregaba la emoción por sentirse novio de la espectacular cu- banita y la posibilidad de demostrarle aquel éxito, se podía asegurar que el joven cartero de Pirque, en esos momentos, era un manojito de nervios.

—Cálmate, Dante —le dijo Longina con ternura—. Todo va a salir bien.

—Lo que me preocupa... 'tra ahora es dónde se metió Ricky —contestó el chileno—. Hace rato que se alejó y lo necesito para que me ayude con Shogún.

—¡Allí viene corriendo! —señaló Ignacio.

El niño se acercó a toda velocidad trayendo algo envuelto en la mano.

—¿Qué es eso, Ricky? —preguntó su primo.

—Es un regalo para el australiano que le debes entregar tú.

—¿Es su cumpleaños acaso? —quiso saber

Dante.

—¡No, bruto! Después de lo que hizo por nosotros al aceptarnos en la competencia, lo menos que se merece es un presente.

—¡Es cierto, mi primo! —exclamó el joven—. ¡Buena idea! ¡Gracias!

—¡Pero se lo tendrán que dar después, porque ya está instalado detrás de la mesa de los jueces! —comentó la muchacha—. ¡Esto está a punto de empezar!

—No se preocupen —respondió el niño—. Yo me ocupo.

Y se dirigió rápidamente hacia McKenna, pasando por debajo de los cordones que delimitaban el área de los jueces del evento. Le dio el paquete y le explicó que era de parte de su primo en agradecimiento. El australiano lo abrió y todos vieron que se trataba de un aro de baloncesto con su red y todo. Ricky le dijo algo más a McKenna y regresó.

—¿Qué vicio tienes con ese deporte, Ricky! —le dijo Dante al llegar el chiquillo—. Pero de todas maneras es un muy bonito gesto de tu parte.

—Es lo menos... —intentó decir el niño, pero fue interrumpido por las fanfarrias que anunciaban el inicio del evento, que incluía una exhibición de destreza canina previa a la competencia de belleza, en la que Ricky también había inscrito a Shogún sin que su primo lo supiera.

El primero en mostrar sus habilidades ante los jueces fue un pointer argentino, que con sus caprichosas manchas negras recibió muchos aplausos al saltar con limpieza y elegancia una serie de obstáculos. Le siguió un simpático beagle venido desde Canadá, que dio tantos ladridos como dedos le presentaba su entrenador ante sus ojos, en una buena demostración de que era capaz de contar cifras sin equivocarse. A continuación Sophie, la poodle toy de los aristócratas holandeses, ofreció un recital de

saltos mortales al más depurado estilo de una gimnasta, y después pasaron por la pista un terrier escocés, un cocker spaniel, un basset alemán, un lebrél afgano y una perrita dálmata, que para asombro de «u dueño griego y la risa del público, se hizo pipí durante su presentación. Así fueron desfilando todos los participantes, mostrando sus diferentes habilidades, y la opinión generalizada de los presentes era el buen nivel y lo reñido de la competencia.

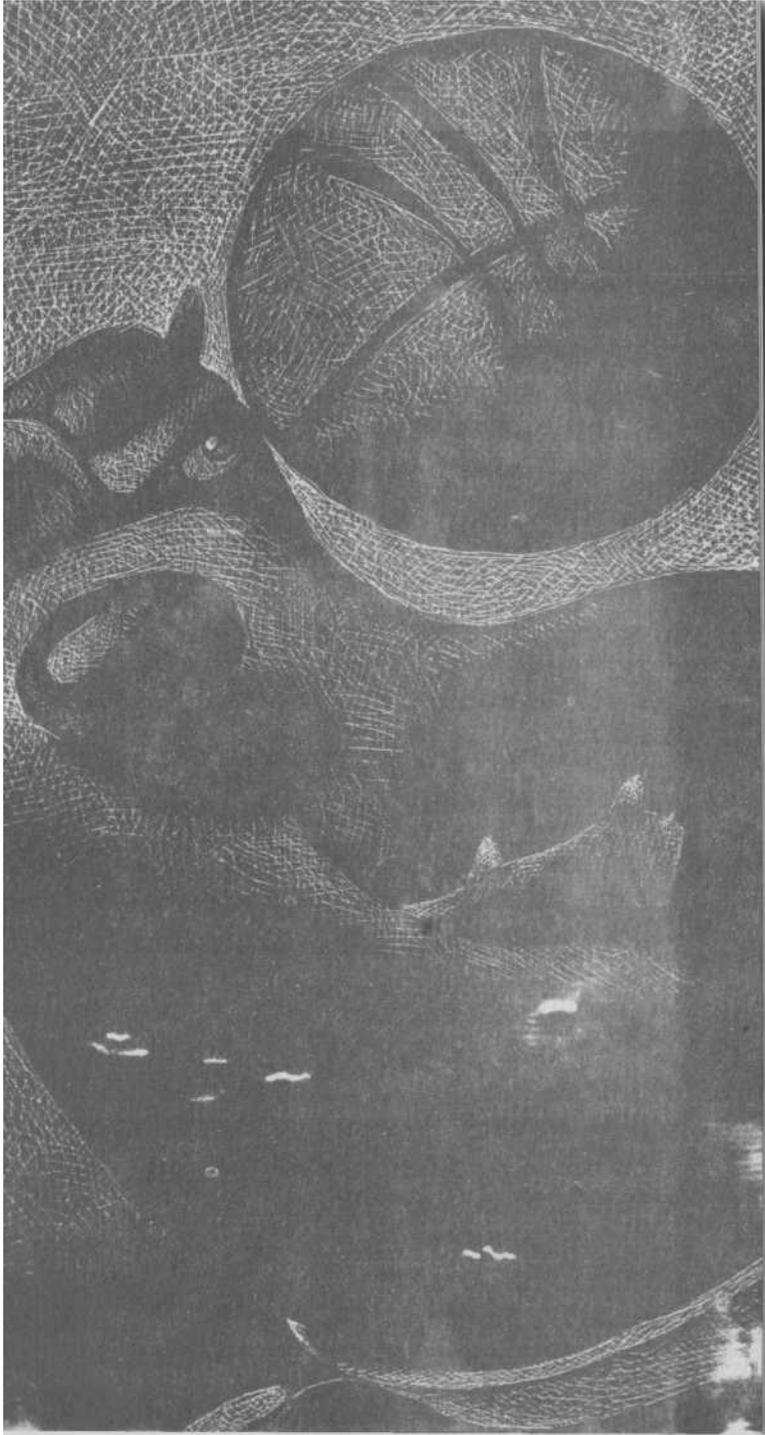
Por último, le tocó el turno a Shogún, y Dante se sorprendió cuando lo llamaron por los altavoces, pues estaba esperando a que terminara el concurso de habilidades y comenzara el de belleza.

El público, encabezado por Longina y su padre, guardaron un tenso silencio. Los jueces, entorpecidos de la aventura de aquel mastín, ponían mucha atención en ver lo que haría, el famoso perro.

De repente, se escuchó un breve y fuerte silbido salido de los labios de Rickv, y Shogún cambió abruptamente de actitud, corriendo a toda velocidad hacia la mesa de los jueces. En ese momento, el niño juntó sus pies, besó la palma de su mano derecha, llevó sus brazos por encima de su cabeza y lanzó su pelota de baloncesto con todas sus fuerzas también hacia la mesa de los jueces. La pelota rebotó en el suelo y cuando se impulsaba de nuevo había, Shogún dio un descomunal salto por encima de la mesa, dio un giro de trescientos sesenta grados en el aire para alcanzarla en el punto máximo de su trayectoria y, con la cabeza, la desvió directamente hacia donde estaba parado el australiano con la cesta de baloncesto en sus manos, preparada evidentemente para lo que sucedió: la pelota cayó en la canasta como caen los tiros de tres puntos salidos de la mano de Jason Kidd en el mejor baloncesto del mundo. Como una sola persona, el impresionado público se puso de pie para ovacionar aquella demostración de habilidad canina.

Dante no lo podía creer, mientras Ricky saltaba gritando a todo pulmón. Muchos espectadores se lanzaron hacia el terreno, entre ellos Longina e Ignacio, para felicitar a Dante. El caos reinaba en el parque Josone. Los jueces trataban de calmar infructuosamente a la multitud, porque era algo nunca visto y fuera de toda regla en aquel tipo de evento..

Un rato después, pasada la euforia, Dante, su



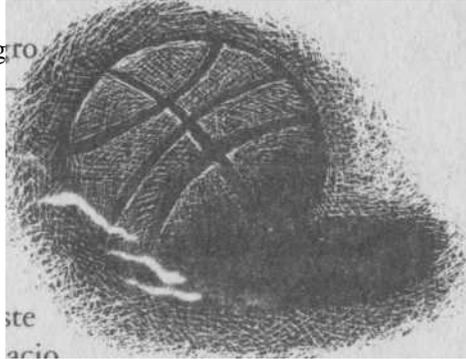
—Para eso vini; anoche, ¿no?—

—dijo Ign[^].w.

—Claro. Pero todo es producto de las habilidades de Shogún, a él deberían felicitar en estos

momentos —contestó el niño.
primo, su novia y su suegro
pudieron hacer un apar te.

—Jesús,
María y José! ¡Lo que
se te ocurre, chiquillo
loco!



—A propósito, ¿dónde
esta ese perro maravilloso? —preguntó Longina.

—No sé. Después del salto no lo he visto más -
—respondió Dante, preocupado.

—Con el enredo que se armó con el tumulto se
habrá escondido asustado —dijo Ricky.

—Vamos a buscarlo que no me gusta eso. Ya
tenemos una maía experiencia con su desaparición en este
lugar —y Dante salió disparado.

Los otros tres lo siguieron. Buscaron por todas
partes, le preguntaron a todos, pero Shogún no aparecía.

De pronto, se escucharon unos agudos gritos en
la zona más cercana a la calle y los cuatro corrieron hacia
allá.

Al llegar pudieron ver a la pareja de holandeses
lamentándose y llorando a moco tendido, mientras
señalaban hacia la calle. Dirigieron hacia allí sus miradas
y lo que vieron los dejó boquiabiertos.

Sobre un bote instalado encima de un alargue

con ruedas, enganchado a una camioneta, se encontraba Shogún acostado bocarriba, mientras la poodle Sophie le lamía el hocico.

—¡Shogún! —le gritó Dante.¹¹²

Entonces, el perro se incorporó, juntó sus pies y besándose la palma de su pata derecha, se paró en dos patas y de repente se acostó a todo lo largo, sin que Sophie dejara de lamerlo.

La risa de los reunidos allí estalló al unísono.

Sin embargo duró poco, porque se oyó el motor de la camioneta ponerse en marcha y vieron cómo partía el vehículo arrastrando al bote y con él a Shogún y Sophie.

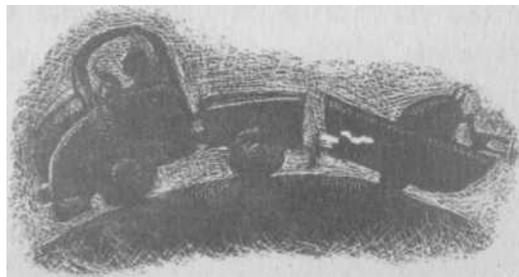
—¡Eh! ¡Eh! —gritó Dante—. ¡Se llevan a mi perro!

—¡Parece como si se fueran de luna de miel en su noche de bodas! —comentó Longina.

—¡O quizás Los Mataperros eran más! —dijo Ricky.

Entonces, el grupo allí reunido corrió vociferando detrás de la camioneta.

Y la inmóvil iguana del parque Josone, echada sobre una piedra, los vio alejarse por las calles de Varadero, mientras la luz tenue de la luna bañaba la verde cresta espinosa de su dorso.



PePe Pelayo

Matanzas, Cuba, 1952. Reside en Chile desde hace más de una década. Estudió Ingeniería Civil en la Universidad de La Habana, profesión que ejerció por algunos años, para luego dedicarse a su vocación de escritor, actor y especialista en humor.

Miembro de la Asociación Internacional de Estudios del Humor.

Ha publicado varios libros, además de artículos, críticas y cuentos en diarios y revistas de Cuba y Chile.

Es el autor de *Pepito, señor de los chistes* (Santillana, 2002) y *Cuentos de Ada* (Alfaguara, 2003), *Pepito y sus librerías* (Santillana, 2004), *Ni un pelo de tonto* (Alfaguara, 2005) y junto a Betán ha escrito *El Chupacabras de Pirque* (Alfaguara, 2003) y *El secreto de la cueva negra* (Alfaguara, 2004).

i **ÍNDICE** i

Ricky y Dante	7
Raciel.....	20
El Albino	36
Tito Gourmet	50
Longina.....	67
Dog McKenna.....	81
Nelson Estay.....	89
Shogún.....	101
Biografía de los autores.....	112